REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

ANALES

DE

LA UNIVERSIDAD

:: CONFERENCIAS SOBRE ::
LITERATURA BRASILEÑA
Dadas por el Excmo. Señor Ministro del Brasil, Doctor Cyro de Azevedo, en el Salón de Actos Públicos de la Universidad de Montevideo. :: :: :: :: :: ::

VERSIÓN TAQUIGRÁFICA

—N.° 98

MONTEVIDEO
TALLERES A. BARREIRO Y RAMOS
Barreiro & Cª., Sucesores
Calle Bartolomé Mitre número 1467
1918

CONFERENCIAS

SOBRE

LITERATURA BRASILEÑA



CONFERENCIAS

SOBRE

LITERATURA BRASILEÑA

DADAS

POR EL EXCMO. SEÑOR MINISTRO DEL BRASIL

DOCTOR CYRO DE AZEVEDO

EN EL SALÓN DE ACTOS PÚBLICOS

DE LA

UNIVERSIDAD DE MONTEVIDEO

VERSIÓN TAQUIGRÁFICA

MONTEVIDEO

Talleres Gráficos A. Barreiro y Ramos

Barreiro & Cía., Sucesores

Calle Bartolomé Mitre, Núm. 1467

1918

Discurso del Ministro de Instrucción Pública Dr. Rodolfo Mezzera, presentando al Sr. Ministro del Brasil Dr. Cyro de Acevedo.

Señoras: Señores:

Estudiando los programas de Enseñanza Secundaria noté, — hace algún tiempo, — una gran anomalía en lo que dice relación con el estudio de los idiomas. El pensamiento que informaba las líneas generales de aquéllos se dirigía a entregar a la juventud, todas y cuantas facilidades fueran posibles para el estudio de las lenguas utilizadas por los pueblos que descuellan en la producción científica y literaria. Nada hay que decir de esa tendencia, que reputo realmente buena y útil, porque permite aprovechar, — con éxito, — las energías desarrolladas por la humanidad, en el desenvolvimiento de su perfección intelectual. Había, — sin embargo, — un vacío inexplicable. Nuestra juventud estudiosa, que tenía el medio de adquirir el conocimiento de los idiomas utilizados por los prestigiosos países de Europa, no podía hacer

lo mismo con el de una nación vecina, tan prestigiosa como aquélla; tan digna de estudio como la más, tan rica de cerebros poderosos y de imaginaciones brillantes, y a la que nos une un pasado común y la perspectiva halagüeña de laborar, conjuntamente, por los grandes ideales de la fraternidad de América. Excusado decir que me refiero al Brasil. Pensando así, — y advirtiendo la necesidad de llenar, con urgencia, ese vacío, — tomé la iniciativa de incorporar, en la enseñanza secundaria, una cátedra de idioma portugués.

Ese pensamiento está en marcha. Era necesario completarlo, dándole la amplitud y perspectiva adecuada a su objeto y a su fin. Encerrarlo en aquellos límites, parecía desconocer sus proporciones verdaderas. Y pensé que nada mejor que facilitar,—como un ensayo de extensión universitaria, — el estudio de la literatura brasileña, convencido de que ella es un monumento capaz de enseñar, — gradualmente, — el esfuerzo de aquel pueblo, — fuerte y artista, — que ha realizado su propia grandeza, para llegar al puesto culminante que hoy ocupa en todos los rangos de la actividad social.

Los pueblos de América han sentido la necesidad de vincularse más estrechamente,

y en ese sentido las Cancillerías han realizado buena parte del propósito. Pero queda quizás, lo más importante por realizar. Los pueblos no se conocen, viven en un aislamiento casi absoluto. Las actividades artísticas y científicas del uno, sólo por excepción repercuten en otro. Falta, pues, la única vinculación fecunda en bien y en amistad: la intelectual, porque la de los intereses ha sido casi siempre la causa originaria de la separación de las naciones. La intelectual es la única capaz de armonizar a los hombres a pesar de las fronteras. El arte y la ciencia no saben de líneas divisorias y de pabellones: sólo saben de belleza y de verdad.

A realizar ese pensamiento, a dar satisfacción al deseo de conocernos mejor, que está latente en todos nuestros espíritus, responde esta invitación que he hecho al eminente representante diplomático del Brasil, doctor Cyro de Acevedo, para que nos descubriera, con la galanura de su decir impecable, todos los secretos de la maravillosa literatura del Brasil.

Artista exquisito, orador eficaz, escritor galano y pensador robusto, el doctor de Acevedo, es sin duda de ninguna clase, el hombre más indicado para iniciar en nues-

tro país, el intercambio intelectual de los hombres encargados de la noble y patriótica tarea de acercar, estimulándolas, las mentalidades de las patrias americanas. Espíritu abierto a toda generosa iniciativa, siente, como cosa suya, el porvenir del continente, y pone a su servicio, toda su inteligencia y todo su amor. Y estoy seguro que dentro de unos minutos, cuando ocupe, — honrándola,—esta tribuna de nuestra Universidad, habéis de advertir en sus párrafos sonoros, — cincelados con la más cuidadosa y expontánea perfección, — toda la grandeza fantástica de su hermosa patria brasileña, poblada de grandes montañas, de grandes ríos, de gran vegetación y de grandes hombres.

Doctor de Azevedo: la Universidad de Montevideo se siente feliz al ofreceros su tribuna.

PRIMERA CONFERENCIA

18 de Abril de 1918

PRIMERA CONFERENCIA

18 de Abril de 1918

La benevolencia del señor Ministro de Instrucción Pública, haciendo referencias lisonjeras a mi persona y a la labor de propaganda literaria que tento emprender, crea una responsabilidad superior a mi competencia y a mis intenciones. Su discurso inaugural, que solamente ahora conozco, podría parecer indicar a vosotros, señoras y señores, que vengo a hacer un curso completo sobre la literatura brasilera.

Sin embargo, tal no es mi propósito; no vengo a hacer la historia de nuestras letras porque siendo larga y difícil, no produciría cuanto efecto deseo, y quizás impidiera la honda simpatía que Emile Mâle considera el principio de toda la comprensión. No vengo a hacer la crítica analítica o sintética, pues podría pareceros incidir yo, en uno de los dos ángulos de visión subjetiva que Edmond de Goncourt atribuye al crítico: el de una pretendida superioridad que lo lleva a hacer el iconoclasta, o el de una idolatría automática y rastrera. La primera de estas actitudes mentales, sería de una evidente falta de equilibrio, y la segunda resultaría, cuando menos, fatigante, al tener el espíritu y el gusto constantemente de rodillas.

Mi propósito es traeros indicaciones, escorzos y

perfiles, que os permitan tener una idea de la evolución y de las características de esta literatura, a fin de que os acuda el deseo de estudiarla, o sea, conocer de cerca y apreciar con fundado motivo, nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad.

Hoy, más que nunca, los pueblos de nuestra América deben buscar la intimidad más completa en lo que atañe no sólo a los intereses, pero también a los ideales.

No es empezar por el fin, indicaros, desde luego, las dos modalidades esenciales de nuestras letras: La primera, la de un panteísmo, ora suave y cariñoso, ora intenso y vibrante; la segunda, la de un nacionalismo integral y vigoroso. Una y otra, arrancan de sus orígenes y estudiarlas, es apreciar el desarrollo de nuestra estética y asimismo de nuestra ética literarias; una y otra, dimanan de condiciones imperativas, supuesto que congénitas.

El panteísmo, es determinado por el medio físico, por la variedad y la hermosura de los aspectos de esa naturaleza, de la cual Río de Janeiro, — conocida por muchos de vosotros — es, malgrado su grandiosidad y sus encantos, apenas una parte de la sinfonía de nuestra flora. El hábito de ver y de admirar despertó y educó la emotividad, facilitando su expresión literaria. Este fenómeno de acción refleja revélase en todo el país y en todas las épocas. En todo el país, porque desde la llanura amazónica a donde los ríos llamados de tierra baja, periódicamente inundan leguas marginales cubriendo florestas, hasta la pampa de Río Grande, todo el escenario de cerca de nueve millones de kilómetros cuadrados, impresiona, y arranca efusiones casi líricas,

aun en los sabios extranjeros. Esta modalidad descriptiva facilitó la vibración pintoresca de nuestro verso y de nuestra prosa; y si aquí entonase el pœan alegre y brillante, la misma magestuosidad de la naturaleza conduce a la elegía sentida. Cuando lejos de este ambiente, la añoranza de los poetas, o mejor, la *saudade*, dicha precaria del recuerdo, y amargo padecer del bien perdido, es de una tristeza singular.

En virtud de un preconcepto generalizado, al pensar en nuestra vegetación exuberante, os figuráis, sin duda, una tierra ansiada, jadeante, casi doliente, castigada, porque demasiado amada por el sol. Como siempre sucede, la verdad es, sin embargo, más interesante y menos desabrida. A partir de cierto punto de la costa brasilera, el terreno se alza, y ondula del valle a la sierra; alárgase en altiplanicies o elevadas mesetas; se desliza en praderas silvestres, seguidas de otras montañas y nuevos valles, de una tan marcada irregularidad lineal, que el perfil del país, recuerda, por decirlo así, un diagrama de la fiebre. Y fué la milenaria fiebre geológica quien así lo ha formado, desde la remota época de la llamada Isla Brasílica, una de las regiones más antiguas del globo.

Figuraos, ahora, este perfil inquieto, suavizado en contornos por el verde dramático de la floresta; el verde glauco de la vegetación litoral; el verde esplendente de las palmas, perfilando en el aire translúcido los fustes jónicos de sus troncos, y tremolando al soplo de altas brisas sus hojas delgadas, leves, vibrátiles; el verde menudo y humilde de los campos; el verde azulado de las cumbres; el verde

amarillento y empolvado del Sertão; el verde en todos los matices, polarizándose por todo el territorio. Figuraos ahora, una gran riqueza floral de forma y tintes varios; la hermosura perenne de las aguas magestuosas, calmas; de las aguas traviesas y canoras; de las aguas frementes, iradas, espumantes, salvando rocas, acometiendo peñascos, corriendo, tropezando, embistiendo a gritos, haciendo oir, cual dice el poeta Castro Alves: "O brado atroador da catadupa, do penhasco batendo na garupa". De las varias altitudes, resulta la variedad de la flora y la diversidad de los climas, pues según lo enseña Humboldt, el valle y la montaña, individualizan el clima, y lo definen mejor que la simple latitud. Es fácil comprender que en un tal país, poetas y escritores, vivan enamorados de la naturaleza.

La segunda modalidad, el nacionalismo, constituye un fenómeno de diferenciación latente y consciente de la madre patria, determinado por circunstancias históricas. Cuando Portugal afrontó el problema de la colonización del territorio, — hallado o descubierto, — tuvo que solucionarlo por partes, dada la pequeña población del reino y la extensión de la colonia. Por eso fué fragmentada, de núcleo en núcleo, separados por zonas dilatadas; éstas inexploradas, aquéllas, apenas atravesadas en un ímpetu de curiosidad y de audacia aventureras, o al empuje de la locura del oro.

Lógicamente, estos núcleos tuvieron un desarrollo casi autonómico, haciéndose focos de reacción centrípeta, que determinaron la homogeneidad de la raza o de las sub-razas, cuya resultante es el pueblo de hoy. Desde temprano, estos núcleos tuvieron que

defenderse de repetidos ataques de varias naciones de Europa. Ora, pretendiendo la posesión del territorio, tal los franceses, al tentar la fundación de la Francia antártica, a partir de Río de Janeiro, y de la Francia equinoccial, con base en Maranhão; ora como los ingleses, sólo preocupándose con el comercio de materias primas. En fin, los holandeses llevados a la conquista por el interés comercial, y para herir el poder español, cuando reunidas las coronas de Portugal y Castilla en 1580, el Brasil perteneció, por algún tiempo y nominalmente, a los dominios coloniales de España.

La codicia europea, para nosotros tan afortunada, colocó a la remota colonia en la necesidad de luchar casi con sus solos recursos, pues la metrópoli descuidada y lejana, no pudo socorrerla siempre. Habiendo tomado una parte activa, cuando no primacial, en las variadas y más o menos largas peleas, los descendientes del portugués, nativos del país, comprendiendo su valor moral y bélico sintieron el ansia de autonomía completa, que agravada por el creciente conflicto de intereses y de aspiraciones entre brasileros y portugueses, dió lugar a las luchas por la independencia integral. Así se comprende que desde temprano, mismo en la literatura incipiente, en virtud del paralelismo de la dinámica política con la dinámica literaria, nótase el afán y el propósito marcado de ser diferente de la metrópoli.

No es una simple frase, una ilusión de concepto, considerar afortunada esta codicia europea, pues, creando la necesidad de la defensa, y acrisolando el amor al territorio, ella permitió resguardar la inte-

gridad material y la homogeneidad nacional. No fuera esta defensa y la victoria consecutiva, y el Brasil sería hoy todavía una fragmentación de colonias hostiles unas a las otras, por la antinomia etnológica y la variedad desarmónica de los intereses políticos. Es de primera intuición que tales colonias enclavadas en nuestra América, serían hasta hoy, un grave peligro para la independencia territorial y moral de nuestro continente.

Nuestro nacionalismo revelóse no sólo en la expresión personal del sentimiento, o sea forma lírica, en la epopeya o sea la expresión objetiva de una emoción nacional, pero aún en la prosa literaria, oral y escrita.

Nuestros dos mejores poemas épicos — uno, por la forma y la intención — otro por el fondo y la forma—son: "El Uruguay", de Basilio Da Gama, de 1769, y el "Caramurú", de Santa Rita Durão de 1781. Antes de ellos, en el siglo XVI, en Pernambuco, en el siglo XVII en Bahía y con ellos, de 1750 a 1830, en Minas Geraes, poetas, cronistas, oradores e historiadores, revelan en alto grado este sentimiento y con gran pertinacia este ideal, uno y otro, distintivos tradicionales de nuestras letras.

De las dos modalidades básicas, amor a la naturaleza y propósito de tener bien propio, resultó el fenómeno literario, llamado indianismo. Críticos o mejor criticistas que sólo veían por el ángulo destructivo, han considerado elegante y chistoso, tildar de extravagante y expúria, una expresión literaria, que, nacida hace 400 años, no ha cesado de vivir en nuestras letras, y que aún en el siglo XIX, se afianzó por la inspiración y el estilo, tanto en los versos de

Gonçalves Días, cuanto en los romances de José de Alencar, Franklin Távora y muchos otros. Felizmente para nosotros los brasileros, el indianismo, o sea la apropiación del indio a la literatura, es de una lógica fácilmente comprensible. Para acentuar su diferenciación de Portugal, la estética nacional, sin pasado propio que no participara del metropolitano, opuso a la tradición colonizadora, la de los autóctones primitivos. Recurrió a la floresta por sus encantos y sus dramas, su gama polícroma y polífona, y pudo aún más recurrir a la historia. A la historia, en el período de formación de la nacionalidad, en el instante heróico en que los indios tuvieron una participación directa, una actuación importante.

Franceses y holandeses, cuando buscaban arrancar de manos portuguesas el territorio colonial americano, uniéronse a los indios y han creado regimientos indios; en la ruda defensa, portugueses y brasileros aprovechaban a los indios y en el Norte y en el Sud del país, héroes indianos, tuvieron un rol inapreciable por su valor guerrero, su prestigio y sus virtudes. Puedo aventurarme a decir, que el error nuestro, fué el de no haber tenido una política seguida y clarovidente en la integración del elemento autóctono. Tan no es nuevo éste, mi modo de ver, que ya en 1749 el historiador Azeredo Coitinho enseñaba como se debía civilizar al indio, y de que manera podría ser útil. En 1824 José Bonifacio, justamente considerado el patriarca de nuestra independencia, presentaba a la Constituyente un proyecto de catequesis civil de las tribus indianas. Y para que no os parezca que estoy haciendo una

exagerada apología de la selva en el interés de justificar el fenómeno literario, me permito narrar un hecho histórico, indicativo del valor moral del indio: Cuando en 1654 la Capitulación de Taborda puso término al dominio holandés y motivó la retirada para Europa de las últimas tropas bátavas, que daban todavía en Pernambuco familias y bienes que no podían ser deslocados de pronto. Preguntado el jefe holandés qué garantía deseaba para que confiara en lo pactado, contestó: Que la más eficaz y la más completa, sería la palabra de honor del jefe indio, bautizado con el nombre de Felipe Camarão, y hecho comendador de la orden de Cristo, al tiempo que una tal distinción tenía un elevado significado social.

Es de notar aún, que todo el hoy estado de Ceará es poblado por una sub-raza formada del mestizo del indio y del portugués, y que de uno y de otro revela una extraordinaria resignación en la desgracia, una invencible tenacidad en la lucha por la vida, y un tal espíritu aventurero que lo empujó a romper la selva mortífera hasta cerca de Cayena y a poblar y ganar el territorio del Acre. En nuestras comarcas interiores hay mucha mezcla del indio, y el *caboclo,* como se llama a este mestizo, es un tipo de vigor físico, de sobriedad y de honestidad. El indio, por lo tanto, no pudo ser motivo de una superfetación literaria habiendo participado de tal manera en nuestra existencia nacional. Si es cierto que todas las naciones de América, atraviesan todavía por un período de constitución más o menos demorada, pues son diversas las condiciones culturales, ni por eso se deduce que el Brasil necesite aún

del indianismo como expresión y recurso de diferenciación. En este particular, hemos llegado á donde deberíamos llegar: somos diferentes de la metrópoli, mismo en la fonética y en la sintaxis del idioma; damos otro significado a varias palabras, y nos hemos enriquecido con términos que ella no posee. Esto no significa negar o disimular lo que debemos al colonizador. Mismo la poesia popular canciones, leyendas, cuentos, sátiras, revela autonomía, pues al lado de la importada, vino creándose un ciclo especial, sobre todo, en el interior del país, sea en el Norte, sea en el Sur.

Pero, indicar las características esenciales de nuestra literatura, no significa que ella haya escapado a la sugestión o contagio relativo de otras literaturas más avanzadas. Es sabido que la personalidad literaria de un pueblo, no excluye el mayor o menor influjo de la evolución estética del mundo civilizado. Es también conocido cuanto la aproximación y el intercambio de ideas, determinan infiltraciones incoercibles, en la forma y asimismo en la expresión estética de los pueblos. La Francia, ya tenía una tradición brillante, cuando, en tiempos de Francisco I cedió al encanto del renacimiento italiano; cuando, mucho más tarde, la influencia de Walter Scott imprimió un rumbo al romance francés, y es casi de nuestros días, la fuerte sugestión de los paisajistas ingleses, en el estudio, el estilo y la comprensión del paisaje en Francia. Había siglos que la Alemania dejara de ser un pueblo joven, cuando Lessing, ardiente y airado, clamaba contra la imitación y la apropiación consuetudinaria de literaturas extranjeras, sobre todas de la francesa. De

las leyendas integradas al germanismo, que sirvieron de tema a las creaciones nacionalistas de Wagner, mismo sin hablar de las del ciclo escandinavo, muchas son de origen extranjero. "Tanhaüser", es una leyenda del norte de la Italia, entrada en Francia en los cantos de los trovadores provenzales; de ahí, pasó a Alemania, donde recibió la marca de "Made in Germany"; Tristán und Isolda, es el Tristán et Yseut, de los Celtas, remodelado sobre la leyenda anónima del siglo XII en Francia; Lohengrin es un importado y a Parsifal, lo dicen Loreno, y La Fontaine lo considera del país de Gales.

Malgrado las influencias extrañas, la personalidad literaria no desaparece desde que la peculiaridad de los aspectos físicos, del aire que se respira, de la amenidad o del rigor de las estaciones, son elementos importantes, en la calidad y la tonalidad del pensamiento, y de la emoción de cada pueblo. Por eso, en un pueblo joven, bien que su arte y su literatura tengan, en una cierta época mucho de imitación o de adaptación, poco a poco el ambiente social reacciona, el tiempo se hace maestro, y fórmase una literatura inconfundible, tanto más interesante cuanto menos hierática, menos cristalizada, más viva, en su misma ingenuidad vigorosa y expansiva.

Entre nosotros, esta ingenuidad se enriqueció de vibraciones sonoras, de colores múltiples, o sea de inspiración y de elocuencia, con motivo del amor a la naturaleza y en virtud del afán de diferenciación nacionalista. Y encontró una frescura de imágenes, un encanto nuevo, en el pintoresco de las costumbres indianas, en el estudio más o menos poetizado de su

psicología amorosa y guerrera. Así todo se liga, todo encuadra, y lo que parecía extraño, explícase, lo que se creía espurio, revélase de una filiación estética perfectamente justificada.

No os será difícil comprender ahora, por qué y cómo la literatura brasilera tiene una personalidad propia, malgrado no haber evitado la influencia de otras más viejas. ¿ Pero cuáles fueron estas influencias consecuentes al contagio y determinantes de imitación o de adaptación ?...

Haré tan sólo indicaciones desde que es mi deseo, con el estudio de varias obras, mostrar la corriente directiva. Naturalmente, la primera de tales influencias, fué la de la metrópoli. En el siglo XVI publícase el primer libro de versos de un brasilero. La prosopopeya de Teixera Pinto es una imitación literal de la forma lusitana de la época, y sin embargo, ya se observa la tendencia descriptiva del medio físico, y asimismo la del indio y sus costumbres. El siglo XVII, todavía período de formación nacional, supuesto que de lucha contra el invasor holandés, es simultáneamente la época de formación literaria. Si aún nótase en la métrica y en la plástica del verso, la adaptación del lirismo arcádico lusitano, bajo la monotonía hibernal de la forma, brotan flores nativas, diferentes de las ultramarinas, y el nacer de una originalidad, ora casi latente, tímida, ora inquieta, atrevida, hace de esta época una de las más curiosas de nuestras letras. Si una imagen pudiera resumir la impresión de este período evolutivo, yo la buscaría en la escultura griega de la segunda época, cuando la figura rompiendo la vaina arcaica, ensayaba el gesto y denunciaba la pal-

pitación latente de una vida nueva, en la expresión aún indecisa de la fisonomía. No solamente poetas como Gregorio de Mattos, lírico y satírico, oradores y cronistas, pero aún mismo los más mediocres en tentar el vuelo, traen su concurso a la formación de una personalidad cultural. En el siglo XVIII, el florecimiento literario es más variado, más intenso. El ideal de independencia intelectual parece una realidad. Después de Fray Itaparica y del judío Antonio José, en el verso y en el drama, de Rocha Pitta, en el género histórico, el siglo, es marcado por la escuela Mineira, así llamada, porque sus poetas son nacidos en el hoy Estado de Minas Geraes. Escuela de la poesía nacionalista e indianista de Durão y Basilio da Gama, del lirismo suave y enamorado de Claudio Manuel da Costa, de Gonzaga, Alvarenga Peixoto, Silva Alvarenga y otros.

Es tanto más notable el movimiento literario de este siglo, cuanto Portugal empleaba todos los medios para mantener y prolongar la servidumbre intelectual. Sospechábase de los varios centros o academias, de poetas y escritores; fiscalizábase despóticamente la importación de libros; y una tipografía en Río de Janeiro fué quemada por orden de la metrópoli. Y todo ésto consagraba nuestro nacionalismo dándole la persecución que es un estímulo, y el dolor vencido que es una causa de duración. Como siempre, "pour durer il faut endurer".

De esa persecución fueron víctimas y de ese dolor han sufrido los poetas del siglo XVIII. Con Francisco Xavier, padecieron prisión, destierro y muerte, en 1789, cuando reinaba María la Loca, condenados como autores o cómplices de la con-

jura política que anhelaba la independencia del Brasil y quería proclamar la República. Una denuncia traicionera hizo abortar el plan; ni por eso el malogrado propósito deja de tener su expresión heroica, y asimismo prueba que ya en aquel tiempo, el régimen democrático, era el ideal supremo de los brasileros. En el siglo XIX, reflorece el indianismo, la autonomía es completa, la literatura posee elementos estáticos, de manera que su dinámica siguiendo la flutuación de la estética occidental, no perturba, no afecta su personalidad.

En cuanto a las otras naciones sólo la Francia tuvo una influencia apreciable y duradera, pues de ella recibimos el romanticismo, el realismo, y hasta la marejada inofensiva del parnasianismo y del simbolismo. La verdad es, que estas sugestiones, o un tal contagio, significan apenas que la literatura brasilera participó del movimiento estético general, según el tiempo y la corriente dominantes.

Indicadas, cual he buscado hacerlo, la formación y las características de nuestras letras, será menos difícil demostrar su vibración emotiva y su valor intelectual. No sufriendo yo del ansia de eludir o violentar vuestro aprecio, no premedito una revisión abrumadora de producciones de todo género. Deseo tan solo, al avecinar de vuestro criterio las obras más expresivas, que ellas mismas os digan lo que son, cuánto valen, y por qué y cómo de ellas y por ellas, se puede concluir que poseemos una literatura digna de aprecio.

Esta será mi tarea en las otras conferencias.

SEGUNDA CONFERENCIA

23 de Abril de 1918

SEGUNDA CONFERENCIA

23 de Abril de 1918

Vengo a ocuparme de poetas. Bien que habitualmente no deseo cosas imposibles, siento ahora que mi palabra no pueda crear un friso de musas vivientes. No de las clásicas, que a todos aquellos que cantan o suspiran en verso más o menos cadente, o en prosa más o menos armoniosa, es dado pedir inspiración, aliento y consuelo. Pero de las musas de mis poetas, a fin de que resurjan ahora, cual en aquella escena fantástica de la ópera Meyerbeer, " Roberto el Diablo ":

En un momento dado los túmulos que se perfilan lúgubres en el fondo del paisaje, se abren, y de cada uno surge una figura de mujer, sonriente, armada en gracia, perfumada de encantos. Gasas leves, desnudan más que visten los cuerpos ágiles, y con gestos lentos, musicales, empieza la ronda mágica.

Si me fuera dado imitar esa resurrección, la primera musa, señoras y señores, que pasaría delante de vuestros ojos, sería la musa petulante, irónica, traviesa, de Gregorio de Mattos. La vida tuvo para este satírico, unas pocas pausas de alegría, seguidas de prolongados despechos, miserias, odios, y persecuciones crueles; pero en esa lucha, en esa tempestad de odios que su genio y su carácter provocaban, él defendíase con el arma arrojadiza del ridículo, sobre las costumbres, los individuos y las

cosas. Perseguido en Portugal, adonde había ido a estudiar; protegido por un obispo, que lo trajo al Brasil, y casi lo hizo un padre; desterrado para Africa; obligado a huir de Bahía, su tierra natal, para refugiarse en Pernambuco; abogado hábil, abandonado por los clientes; erudito, sin tener ocasión de mostrar sus méritos; orgulloso con los grandes y no conociendo el temor a las multitudes; honrado y al mismo tiempo disoluto, Gregorio de Mattos, fué en aquel siglo XVII, colonial, un látigo vivo, una risa hiriente, una voz de protesta enérgica, independiente, un carácter especial, una modalidad propia, pero que indicaba ya en el alma brasilera de aquel tiempo, una característica de amor a lo suyo y de querer vivir por si solo.

En aquella sociedad monacal y despótica, su crítica tenía siempre motivo de expansión. Por ejemplo, un farmacéutico, no se sabe por qué motivo, recibió una vez el regalo poco deseable de una paliza descomunal, y entonces, la musa de Gregorio de Mattos, como un Gavroche, salta a la calle y casi en los oídos de la víctima grita:

A UN MÚSICO QUE LEVARA UMA SOVA DE PAU

Uma grave entoação
Vos cantaram, Braz Luiz
Segundo se canta e diz
Por solfa de fá Bordão;
Pelo compasso da mão,
Onde a valia se apura
Parecia solfa escura;
Porque a mão nunca parava,
Nem no ar, nem no châo dava
Sempre em cima da figura.

Se vió forzado a retirarse de Bahía, para refugiarse en Pernambuco, como he dicho, porque conviene explicar que este poeta hizo un poco de todo, y mismo consiguió ganar dinero como abogado en Africa. Defendiendo en Pernambuco una causa, escribió un verso, en los autos de un pleito, malgrado la respetabilidad arrugada del papel sellado, en defensa de un pobre diablo que había sido preso por un juez vanidoso, digno representante de una de esas soberanías menudas que abundaban en aquella época y que hasta hoy campan de señores. El pobre hombre había sido preso por haber tratado a ese juez de *vos*, solamente, sin más nada. El juez se creyó insultado, y lo prendió. Alguien de la familia acudió a Gregorio de Mattos y él terminó su defensa con este verso:

Si tratam a Deus por tu
E chamam a el-rei por vós
Como chamaremos nós
Ao juiz de Igaruçú! (1)
Tu és vós e vós és tu.

Mirando en rededor suyo y viendo la vanidad, la petulancia de los ignorantes, y que por eso mismo tenían una gran facilidad en hablar de cosas que no entendían, de los orgullosos que se creaban una nobleza más o menos caprichosa, o se valían de una riqueza adquirida un poco a prisa, él decía:

Destes que campam no mundo
Sem ter engenho profundo,

(1) Era el nombre de la localidad del juez.

E, entre gabos de amigos,
Os vemos em papafigos,
Sem tempestade, nem vento:
Anjo bento!

De quem con lettras secretas
Tudo o que alcança é por tretas,
Baculejando sem pejo,
Por matar o seu desejo,
Desde manhã té a tarde!
Deus me guarde!

Do que passeia farfante,
Muito prezado de amante,
Por fora-luvas, galões;
Insignias, armas, bastões!
Por dentro-pão bolorento,
Anjo bento.

Destes beatos fingidos,
Cabisbaixos, encolhidos,
Por dentro fataes maganos,
Sendo nas caras uns Janos,
Que fazen do vicio alarde;
Deus me guarde.

Que vejamos teso andar
Quem mal sabe engatinhar,
Muito inteiro e presumido,
Ficando o outro abatido
Com maior merecimento,
Anjo bento.

Destes avaros mofinos,
Que poem na mesa pepinos,
De toda a iguaria isenta,
Com seu limão e pimenta,
Porque diz que queima e arde;
Deus me guarde.

Y así sigue en esa sátira constante.

De manera que la vida de ese hombre se puede resumir en una frase: una risa vengativa y a un tiempo justiciera, disimulando despechos y engaños de lo que se llama injusticia de la suerte. Pero un día, este satírico feroz, revelóse un lírico apasionado por las cosas bellas, sencillas y elegantes, y al ver morir una hermosa mujer aun en plena juventud, le dedica este verso:

Morreste nympha bella
Na florente idade;
Nasceste para flor
Como flor acabaste.
Viu-te a alva no berço
A vespera no jaspe
Mimo foste da aurora
E lastima da tarde.

Este poeta del siglo XVII, tiempo en que nuestra nacionalidad se definía y nuestra literatura se formaba, reveló dos notas que hasta hoy duran: la ironía fácil y la sentimentalidad. Pueblo irónico y lírico, nosotros pagamos muchas veces, es cierto, con dedicación y entusiasmo, las deudas que crea nuestra misma ironía.

Muy diferente, seguramente, de esta musa risueña y traviesa, es la musa de Basilio da Gama. Elegante, fina, bella, los pliegues de la túnica cayendo suavemente, el coturno modelando bien el pie pequeño, y en vez del cetro, con los cascabeles, la lira épica. El poema "Uruguay", tiene como tema los incidentes habidos entre los portugueses, conquistadores de América de un lado, y los españoles, conquistadores de América de otro lado, a pesar

de aquella separación más o menos precaria, trazada por el Papa Alejandro VI. Todos conocen los conflictos que existieron entre los dos pueblos, dignos adversarios, uno del otro, por su valor, su tenacidad y su espíritu aventurero. Lo que interesa en este poema, no es sólo el tema, es la forma. Se revela en él—en 1769—por la primera vez, una forma estética tan noble y brillante en lo narrativo de un hecho de nuestra historia, que aun hoy resiste a la crítica por su belleza poética. Hay en el poema un episodio, que es siempre el más citado, por ser uno de los más expresivos y pintorescos: Lindoya, era una india, que por disgustos de amor, había decidido matarse. También en la selva puede el mal de amor, hacer creer que la muerte crea la inmortalidad del recuerdo, y con él el remordimiento para el ingrato.

Lindoya, alma poética, eligió para morir un sitio ameno de la floresta: sombra agradable, árboles majestuosos, aguas cristalinas y flores silvestres, todo de acuerdo con su naturaleza primitiva y cediendo fácilmente al ímpetu de la pasión, de una ingenuidad adorable. Su hermano, la busca ansioso, con otros compañeros, y rastreando con esa habilidad propia del indio, llega al sitio encantador y encuentra a Lindoya dormida; pero descubre enrroscada en su cuerpo, una gran serpiente verde. Hábil tirador, piensa en matar la víbora, pero duda tres veces en disparar la flecha temiendo que al atravesarla pudiera herir a su hermana. Al fin sale la flecha, atraviesa la cabeza del animal y la clava contra un tronco de árbol, él toma a Lindoya en sus

brazos y al mirarla repara que su seno había sido mordido por la víbora.

Este incidente es descripto en los versos, únicos que recito del poema, porque mi interés es apenas despertar vuestra curiosidad. Mi sugestión tiene apenas por objeto llevaros a conocer directamente nuestra literatura, desde que de mi recitado, por más claro que sea, escaparían muchas bellezas, por más que creais entender bien el idioma portugués.

He aquí el verso:

Porem o destro Caitetú que treme
Do perigo da irmã, sem mais demora
Dobrou as pontas do arco, e quiz tres vezes
Soltar o tiro, e vacillou tres vezes
Entre a ira e o temor. Emfim sacode
O arco, e faz voar a aguda setta,
Que toca o peito de Lindoya, e fere
A serpente na testa, e a boca e os dentes
Deixou cravados no visinho tronco.
Açouta o campo co'a ligeira cauda
O irado monstro, e em tortuosos gyros
Se enrosca no cypreste, e verte envolto
En negro sangue o livido veneno.
Leva nos braços a infeliz Lindoya
O desgracado irmão, que ao despertal-a
Conhece, con que dor!, no frio rosto
Os signaes do veneno, e vê ferido
Pelo dente subtil o brando peito.
Os olhos em que amor reinava um dia,
Cheios de morte; e muda aquella lingua,
Que ao surdo vento, e aos écos tantas vezes
Contou a larga historia de seus males.
Nos olhos Caitutú não soffre o pranto,
E rompe em profundissimos suspiros,
Lendo na testa da fronteira gruta

De sua mão já tremula gravado
O alheio crime, e a voluntaria morte.
E por todas as partes repetido
O suspirado nome de Cacambo
Inda conserva o pallido semblante
Um não sei que de magoado e triste,
Que os corações mais duros enternece.
Tanto era bella no seu rosto a morte!

Paso, así, rápidamente sobre este poeta, para entrar en el estudio de otro más grave, más interesante y más poderoso, como forma y como inspiración poética, y cosa rara, trátase del poema de un fraile, Fray Santa Rita Durão, cuya vida no tuvo la placidez que acostumbra traer el claustro, antes fué rica en incidentes, azarosa, difícil. Hombre de gran talento, venció rápidamente todos los grados universitarios, teniendo la suma ilustración de aquel tiempo. Fué objeto de persecución y tuvo que huir para Italia, adonde tuvo ocasión de frecuentar los altos círculos clericales y literarios de Roma. Por fortuna, le cupo un instante de tranquilidad en la vida, y en el jardín de su convento, — de cuyos muros veía prados extensos y aguas cristalinas y pintorescas — venía por las tardes ese buen fraile, a meditar, y dictaba a un ex esclavo suyo que había llevado del Brasil, este gran poema. El poema es todo en verso rimado, de una rima cadente, suave, graciosa, sin revelar ninguna dificultad en la versificación. Al contrario, la rima parece venir al encuentro de su deseo. Algunos críticos han considerado que el motivo del poema no era bastante noble para una epopeya; sin embargo, basta leer el prefacio del autor para comprender, que no solamente él

ha sido llevado, como dice, a escribir por el amor de su patria, y aun porque entendió que el descubrimiento de una región de la colonia, parte relevante del Brasil, daba motivo para sus versos.

El tema del poema es la leyenda de un navegante portugués que en su derrotero, bien que no buscando el Brasil, fué llevado por las corrientes, y naufragó cerca de Bahía. Él y sus compañeros dieron en la costa, entonces poblada por tribus indígenas, enteramente salvajes y antropófagas. De los siete europeos, los más gordos, los más adaptados a un festín más inmediato, fueron víctimas del apetito de los salvajes, y de todos ellos, el más flaco, el menos capaz de ser comido, fué Diogo Alvares Corrêa. Por eso lo dejaron tranquilamente engordando. No es admirable que los indios del Brasil, como los salvajes de muchos otros países, fuesen en esa época antropófagos, cuando en tiempos históricos no absolutamente remotos, en la misma Europa los ha habido. Recuerdo además, la observación de José de Alencar, que muchas de nuestras tribus indianas, comían el enemigo valiente, por creer que así incorporaban lo que hubiese en él de mejor, como templanza de espíritu guerrero y de vigor muscular. El hecho es, que Diogo Alvares gozaba de esta precaria libertad, y como la vida mismo en ese caso, tiene fluctuaciones de esperanzas, él se iba dejando vivir.

De la nave encallada en la playa, fué tomando pólvora, balas, mosquetes y otras armas cuyo uso era ignorado por los indios. Hombre acostumbrado a los ejercicios físicos, cazador, se fué internando

por la floresta sin cesar de ser vigilado, y un día, avistando un pájaro, y pareciéndole un buen tiro, se echó el arma a la cara y disparó. Al ver el pájaro muerto después del trueno de aquel canuto que llevaba el extranjero, este hecho extraordinario para aquellas imaginaciones primitivas, pareció milagroso, lo que no admira, puesto que aún hoy, hombres más o menos civilizados, tienen una tendencia marcada en clasificar de milagros todos aquellos hechos cuyas causas verdaderas desconocen. Lo llamaron hijo del trueno, porque su mosquete había producido un ruído parecido, y dragón del mar, o sea Caramurú, porque de las aguas había salido. Se comprende que después de este hecho ningún salvaje pensó en comerlo, al contrario, todos lo adoraban como a un ente superior que traía consigo el trueno y la muerte. Los jefes indígenas pasaron a ofrecerle las frutas más sabrosas, la caza más apreciada y, hasta las damas que fuesen de su elección. A juzgar por el poema, es de suponer que entre los indios había muchas mujeres hermosas, pero Diogo que traía el sedimento de preconceptos de monogamia prefirió a todas, a la bella Paraguassú. A medida que corría el tiempo, aumentaba su influencia sobre aquella gente, porque habiendo tomado parte en las luchas entre varias tribus indígenas, siempre le cupo la victoria, llegando así a impresionar hasta a los terribles Aymorés, conocidos como los más salvajes y valientes de aquella región. Pero, consumido por las saudades de su tierra, saudades de la civilización, anhelaba por un medio cualquiera de volver a Europa. Dice la leyenda que al avecinarse casualmente a la costa un barco francés, él ahí se embarcó con

Paraguassú, llevándola a Francia en donde fué bautizada por la reina Catalina de Médicis quien le dió su nombre. Continúa la leyenda atribuyéndole un hecho revelador de su carácter noble, el de haber resistido a las proposiciones halagadoras del rey de Francia, cuando quiso hacerlo guía y jefe de una expedición de conquista francesa en la tierra donde él había llegado como náufrago.

De los varios cantos del poema, uno de los más interesantes, es el sueño de Paraguassú cuando volvía para el Brasil. La india tuvo un sueño en el cual prevé todo el desarrollo de su patria en el porvenir: ciudades que nacen y progresan, comercio que se establece, guerras que se traban, en fin, toda la vida del Brasil hasta la época del poeta. Otro canto notable, es aquel en que él describe la partida de Diogo para Francia, cuando las otras indias apasionadas por él, buscan seguir a nado la ruta de la nave, y la principal de ellas, la hermosa Moema se ahoga. Imaginaos esa procesión de nereidas morenas siguiendo a la nave velera, tan pintoresca en sus líneas, y al mover caprichoso de las olas, teniendo a su frente a la quejumbrosa Moema que clamaba contra la ingratitud del viajero al abandonarlas por su rival. Cansada de nadar, desmaya Moema; su bello cuerpo se hunde en las olas, pero vuelve una vez más a la superficie para gritar su amor y su dolor sin remedio, y por fin desaparece. Las otras amantes vuelven desoladas a la playa en cuanto la nave poco a poco se aleja y se confunde con la línea del horizonte.

Voy a recitar tan sólo dos cantos del poema. El primero dice así:

De un varão em mil casos agitado,
Que as praias discorrendo do occidente
Descobrio o reconcavo afamado
Da capital brasilica potente!
Do filho do trovão denominado,
O valor cantarei na adversa sorte,
Pois só conheço heroe quem nella é forte.

Es de notar que en el primer canto el poeta se inspira no en la gloria, o en el poder de su héroe, pero sí en su misma adversidad y su dolor cuando dice que lo cantará en la suerte adversa, pues sólo conoce como héroe quien en la desgracia es fuerte.

En el sexto canto, es curioso que el poeta siendo un fraile conozca tanto la psicología femenina: primero, cuando hace a Moema increpar la ingratitud de Diogo, por no haberle dado a tiempo un desengaño que sería entonces, dice ella, un favor; segundo, cuando la hace exclamar que seguiría como esclava la suerte del amante, sino fuera Paraguassú, a quien ella en su despecho amoroso clasifica de necia y fea.

Compréndese este despecho de mujer y esta injusticia.

É fama então que a multidão formosa
Das damas, que Diogo pretendiam,
Vendo avançar-se a náo na via undosa,
E que a esperança de o alcançar perdiam,
Entre as ondas com ancia furiosa,
Nadando, o esposo pelo mar seguiam,
E hem tanta agua que fluctua vaga
O ardor que o peito tem, banhando apaga.

Copiosa multidão da nao francesa
Corre a vêr o espectaculo assombrada;

E, ignorando a occasião de estranha empreza,
Pasma da turba feminil que nada.
Uma, que as mais precede em gentileza,
Não vinha menos bella do que irada:
Era Moema, que de inveja geme,
E já visinha á náo se apega ao leme.

"Barbaro (a bella diz), tigre e não homem...
Porem o tigre, por cruel que brame,
Acha forças amor que em fim o domem;
Só a ti não domou, por mais que eu te ame.
Furias, raios, coriscos, que o ar consomem,
Como não consumis aquelle infame?
Mas pagar tanto amor com tedio e asco...
Ah que o corisco és tu... raio... penhasco!

Bem puderas, cruel, ter sido esquivo,
Quando eu a fé rendia ao teu engano;
Nem me offenderas a escutar-me altivo,
Que é favor, dado a tempo, um desengano;
Porem, deixando o coração captivo
Com fazer-te a meus rogos sempre humano;
Fugiste-me, traidor, e desta sorte
Paga meu fino amor tão crua morte?

Tão dura ingratidão menos sentira,
E esse fado cruel doce me fora,
Se a meu despeito triumphar não vira
Essa, indigna, essa infame, essa traidora!
Por serva, por escrava, te seguira,
Se não temera de chamar senhora
A vil Paraguassú, que sem que o creia,
Sobre ser-me inferior, e nescia e feia.

Perde o lume dos olhos, pasma e treme,
Pallida a côr, o aspecto moribundo,
Com mão já sem vigor, soltando o leme,
Entre as salsas escumas desce ao fundo.

Mas na onda do mar, que irado freme,
Tornando a apparecer desde o profundo:
"Ah Diogo cruel!" disse con mágoa,
E sem mais vista ser, sorveu-se n'agua.

Termina el episodio con una delicada nota de una psicología muy fina, y es cuando nos muestra a Diogo apenado del dolor de sus amantes y no pudiendo — a pesar de la compañía de Paraguassú — recordar el nombre de Moema, sin que suspire por su encanto y llore su muerte.

No insisto en el examen riguroso y extenso de este poema, pues sería, además de cansar vuestra paciencia, abusar de la hospitalidad del respetable Decano de la Universidad, cuya benevolencia tiene límites.

Después de haber indicado una expresión de la poesía épica de nuestro siglo XVIII me cabe tratar de la poesía puramente lírica, la representada por la llamada Escuela Mineira, de la cual Claudio Manuel da Costa, es uno de los más notables representantes.

Mineiro de nacimiento estuvo bastante tiempo en Lisboa donde se recibió de abogado. De vuelta a su país, le tocó tomar parte en la conjura política de que he hablado en la primera conferencia. Preso, poco tiempo después, fué encontrado muerto en la cárcel y las autoridades hicieron correr la noticia de que se había suicidado. El suicidio es uno de los recursos más suaves de que usa el despotismo, pues así no queda en mala postura ante la opinión pública y se desembaraza del obstáculo. De hecho, no se sabe si se mató o lo mataron, pero es opinión general, entre los historiadores, que el poeta no buscó la muerte.

Claudio Manuel da Costa cuenta entre sus producciones, sonetos aún hoy admirables por la pureza de la forma y la delicadeza del sentimiento.

Entre ellos éste:

Adeus, idolo bello, querido
Ingrato bem... adeus! Em parte fica
E essa victoria misera publica
Que teus barbaramente conseguido

Eu parto, eu sigo o norte aborrecido
De meu fado infeliz... Agora, rica
De despojos, a teu desdem aplica
O rouco accento de um mortal gemido

E se acaso alguma menos dura
Lembrando-te d'um triste, consultares
A serie vil da sua desventura,

Na inmensa confusão de seus pezares
Acharás que ardeu simples, ardeu pura
A victima d'uma alma en teus altares.

Otro soneto dice así:

Estes os olhos são da minha amada
Que bellos, que gentis e que formosos!
Não são para os mortaes tão preciosos
Os doces frutos da estação dourada

Por elles a alegría derramada
Formam-se os campos de prazer gostosos;
Em zephyros suaves e mimosos
Toda esta região se vê banhada...

Vinde olhos bellos, vinde, e emfim trazendo
Do rosto de meu bem as prendas bellas,
Dai allivio ao mal que estão gemendo"...

El último terceto es de una gran belleza y recuerda un soneto de Olavo Bilac. Claudio confunde con estrellas los ojos de su amada; Olavo dice, que quien ama oye a las estrellas:

Mas, oh delirio meu, que me atropellas!
Os olhos que cuidei que estava vendo,
Eram, quem crera tal! duas estrellas...

De los mártires de esta conjuración fué otro poeta Alvarenga Peixoto, de quien se puede decir que era la fuerza motora de la planeada revolución, de la cual asumió noblemente la entera responsabilidad Francisco Xavier, llamado el Tiradentes, cuyo aniversario fué celebrado solemnemente hace tres días en Río de Janeiro.

Rico, teniendo un hogar bien constituído, estimado, esto es, teniendo todas las condiciones estáticas de la vida, que debían aconsejar el egoísmo y que, para mucha gente sirve de pretexto a la cobardía, Alvarenga Peixoto todo arriesga por su idea. A él se debe el lema que debía servir de bandera a los conjuradores: "Libertas quæ será tamen", o sea "la libertad aunque tarde". No lo mataron; lo tuvieron cruelmente preso y lo han desterrado para tierras de Africa. El despotismo tiene de esas ambigüedades hábiles. No lo mataron y en cuanto el pueblo creía en una benevolencia, el poder lo desterró para que tuviera en Africa una muerte más demorada y más torturante. El poeta, — y aquí revela su carácter atrevido y enérgico, mismo en cosas, de amor, — dice:

Não cedas coração, pois nesta empresa
O brio só domina; o cego mando

Do ingrato amor seguir não deves, quando
Já não podes amar sem vil baixeza.

Rompa-se o forte laço, que é franqueza
Ceder a amor, o brio deslustrando;
Vença-te o brio pelo amor cortando,
Que é honra, que é valor, que é fortaleza.

Foge de ver Alléa; mas si a vires
Porque não venhas outra vez a amal-a,
Apaga o fogo assim que a presentires,

E se inda assim o teu valor se abala,
Não lhe mostres o rostò; oh! não suspires
Calado geme, soffre, morre, estala.

Este no cedía como Claudio al terrible encanto del amor, tal vez porque conóciendo su naturaleza apasionada, sabía que muchas veces en tales trances, el único recurso es la huída.

Pertenece a esa pléyade de poetas mineiros Silva Alvarenga. Parece que una mala suerte perseguía a aquellos cantores.

Silva Alvarenga, nacido en Minas Geraes, fué a vivir en Bahía, y allí encontró como gobernador al Conde de Rezende, sujeto áspero, despótico y desconfiado de los literatos — como muchos otros déspotas modernos que ven en la literatura un medio de ataque a su poder. Habiendo Alvarenga fundado una sociedad literaria, por denuncia de un enemigo del poeta, atribuyéndole fines políticos, Rezende lo retuvo en la cárcel durante varios años, de la cual salió envejecido, arruinado y con todas sus energías desgastadas. Alvarenga no se limitaba a

escribir versos, aún los recitaba en los llamados outeiros o sean serenatas, en las rejas de los conventos de Bahía, a imitación de lo que pasaba en Portugal, según cuenta Julio Dantas en su libro titulado "El amor en Portugal en el siglo XVIII ".

En ciertos días del año y con motivo de fiestas, las monjas recostábanse contra las rejas en horas en que en la calle por noches de luna y al soplo de brisas mansas, sonaba la guitarra de los trovadores y no parecía irreverente decir cosas de amor. Entre poetas y monjas había algunas distancias y algunas rejas, de ese modo se salvaba la moral. Silva Alvarenga tomó parte activa en esos torneos de los cuales salió siempre vencedor.

Una de las poesías más sentidas y más delicadas, es la en que él confía sus suspiros a una garza, sino el más fiel, cuando menos, el más inocente mensajero.

Oh garça voadora
Se alem do golpho inclinas os teus giros
Ah! leva os meus suspiros
A mais gentil pastora destes montes.
Não temas que te enganes; prados, fontes,
Tudo ri con ella
Não é, não é tão bella
Quando surge no ceu purpura aurora.
Oh garça voadora
Se alem do golpho inclinas os teus giros
Ah, leva por piedade os meus suspiros.

Esta es una de las poesías más delicadas de esta tarde y revela cuanto lirismo suave había en el alma soñadora de aquel poeta.

Ahora pasaremos a otra nota de la lira del siglo

XVIII, al A. B. C. del amor, de Caldas Barbosa, lírico y satírico, notable en su tiempo. No se contenta en amar o suspirar, da una lección, provechosa para él, queriendo enseñar el amor. Es la primera vez que encuentro un poeta que se hace maestro de amor!

A pesar de tratarse de una ironía graciosa, la rima no pierde nada de su cadencia y de su encanto.

A. B. C. DEL AMOR

Uma menina
Quer que eu lhe dê
Lições de amores
Por A. B. C.

A.—E' amante
 não ardilosa.
B.—E' benigna
 não boliçosa;

C.—E' constante
 não curiosa.
 Tome, menina,
 Lição gostosa!

D.—Delicada
 não desdenhosa;
E.—Engraçada,
 não enganosa;
F.—Fiel,
 não furiosa.

G.—E' galante
 mas não gulosa;

J.—E' ser justa
não invejosa;
L.—Leal
não lacrimosa
M.—E' ser meiga,
não mentirosa;
N.—Andar nedia
não nojosa:
O.—Obediente,
nunca orgulhosa.
Tome, menina
Lição gostosa.

P.—E' prudente,
não preguiçosa:
Q.—E' quieta,
não queixosa:
R.—Risonha,
não rigorosa.

S.—E' sincera
não suspeitosa:
T.—E' ser terna
nunca teimosa:
V.—Verdadeira,
nada vaidosa.

X.—Xocarreira
Pouco xorosa
Z.—Zombadeira
Pouco zelosa
Tome, menina
Lição gostosa.

Depois das lettras
Bem decorar
Quer que eu l' ensine
A soletrar?

Tome sentido
Vá de vagar,
A, m. a, r —
Soletre amar.

Quero ensinal-a
Tim por tim tim
E lições dar-lhe
Até o fim;
Olhe menina
Bem para mim,
S. i, m,
Diga-me sim

Mas, se lhe falla
Um maganão
Então é outra
Nova lição;
A mão levante
Dê bofetão
N, ã, o,
Diga-lhe não.

Ahora entramos en la primera década del siglo XIX, llevados de la mano, por la musa elegante e inspirada de José Natividade Saldanha. Es realmente un tipo curioso, una especie de bohemio aristócrata y literato. Habiendo tomado parte en la revolución de 1817, es perseguido y huye a Inglaterra. De ahí pasa a Francia, de ahí a Estados Unidos, y al fin a Venezuela, y muere en Caracas, se cree que en 1830. Resumo en estas palabras la peregrinación azarosa de este poeta perseguido por sus ideas políticas. Hay provecho en leerlo, porque trátase de un poeta de noble inspiración, que en el destierro no olvida su amor a la patria; y a una amante que allí había dejado.

Si no seio da patria carinhosa
Onde sempre é fagueira a dura sorte
Inda lembras, e lembras com ternura
Os meigos dias da união ditosa;

Si entre os doces encantos de que gosa
Teu peito divinal, tua alma pura,
Suspiras por um triste e sem ventura
Que vive em solidão cruel, penosa;

Se lamentas con magua a minha sorte
Recebe estes meus ais, oh minha amante
Talvez nuncios fieis da minha morte

E se mais não nos virmos, e eu distante
Soffrer da parca dura o ferreo corte
Amou-me, dize então, morreu constante.

Por fin me ocuparé de una de las figuras más notables de mi patria, José Bonifacio de Andrada, colaborador, cuando no promotor de nuestra independencia. Sabio respetado mismo en Europa, mineralogista notable que ha descubierto en las montañas de Suecia, cuatro nuevas especies de metales; político tan extraordinario que sustentaba no comprender la política sin moral — cosa que todavía para nuestro tiempo, y todavía por mucho tiempo, será difícil apreciar. — Además de todo esto, José Bonifacio era poeta y era un poeta suave, delicado en la forma y en el pensamiento.

Describe a su amada paseando por los campos y según sus palabras conversando ingenuamente con la naturaleza:

Desentrançadas as madeixas de oiro
Que ondeiam sobre o collo crystalino,
Meneando con graça o corpo airoso

Inda mais bella que as Napéas bellas
Quando as arestas do ondejante trigo
No folguedo nocturno
Em rapida carreira apenas tocam,
Co 'os olhos côr de céu, branda e serena
Aqui de manhã vinha, aqui folgava
Conversar ás singelas co ' a natura;
Parece que estou vendo
Qual zephyrynho meigo
Que as espigas açoita levemente;
Assim lhe vai tremendo o eburneo collo
Assim os lacteos pomos buliçosos,
Docemente vacillãm
Quando entre flôres nova flôr passeia.

En ese recitado en que he buscado tomar las varias notas de nuestra lírica, a partir del siglo XVII, en que se puede decir que ella se revela o empieza a destacarse, hasta el principio del sigło XIX, queda confirmado lo que he dicho en mi primera conferencia. En los dos poemas ámase a la naturaleza, que engendró la calidad descriptiva, y son obras bien brasileras, sirviéndose mismo del indianismo para afirmar nuestra completa independencia intelectual.

Podré entonces en la próxima conferencia presentaros a los grandes románticos de fuerte inspiración y gran riqueza verbal, que, por esa última calidad, han sido injustamente considerados demasiado Gongóricos, cuando en verdad y por los temas de que trataron, se puede repetir lo que de ellos alguien ha dicho: que eran águilas que miraban de frente al sol, y sin ningún miedo a la luz!...

TERCERA CONFERENCIA

27 de Abril de 1918

TERCERA CONFERENCIA

27 de Abril de 1918

En mi segunda conferencia he dicho que me ocuparía en esta de los líricos románticos, y acrecenté que no sólo por su fuerza de inspiración, sino por su gran talento verbal, y sobre todo por eso, algunos se habían creído en el derecho de criticarlos, tildándolos de Gongoristas y dije al terminar: "Son águilas que miran al sol de frente, embriagadas de luz ". Para que ésta mi frase no sea de una énfasis detestable, es necesario que traiga la prueba plena, prueba probada, como se dice en derecho, de lo que avancé, y es lo que hoy vengo a traeros.

El primero, que vuela, de alas largas, abiertas, en un vuelo posante, de talento extraordinario en cualquier parte del mundo, es Gonçalves Dias, el primer lírico del Brasil. Gonçalves Dias que no ha sido solamente poeta, pero, historiador, etnólogo, escritor de dramas curiosísimos, cuanto notables por la originalidad y estilo, pero sobre todo, siempre poeta de extraordinario vuelo. Uno de sus poemas más curiosos, más fuertes, es " Y Yuca Pirama ". La escena se pasa en la floresta inmensa, aparentemente silenciosa, pero llena de esos rumores que solamente el oído adiestrado del salvaje puede percibir. Camina por ella un indio de la raza valiente de los Tupis, y cayendo en una celada de los Timbyras, tribu enemiga, es llevado a lo que se llamaba entonces, el poste del suplicio. Allí, de acuerdo con

las costumbres indianas, el guerrero vencido y prisionero debía cantar su canto de muerte, un relato de sus victorias, de su origen, de sus hechos gloriosos, en desafío valiente, frente a la muerte. " Y. Yuca Pirama ", empieza su canto de muerte y, con admiración extraordinaria de sus enemigos, termina con una súplica, pide la vida, y la pide, porque tenía un padre viejo y ciego de quien era el único amparo, prometiendo que una vez muerto el padre, volvería sereno a la esclavitud. El jefe de los Timbyras, le dice: " Parte. Los bravos no se deshonran matando a un débil; un guerrero indio no llora nunca y nunca pide la vida. La has pedido, ahí la tienes; parte ". Y parte el indio para donde estaba su viejo padre que le pregunta: "¿Hijo, de dónde vienes?— De lejos, dice él.—¿Por qué tardaste? — ¡Quién sabe! — ¿Pero, qué tienes?, siento que estás fatigado. — La carrera, dice; pero, las manos inquietas, las manos sabias como las tienen los ciegos, empiezan a palpar los miembros del hijo amado, pues le asalta una desconfianza al oler la tinta fresca con que le habían untado el cuerpo para la ceremonia del suplicio, y le pregunta: "¿Has sido prisionero? —Sí, padre. — ¿Pero mataste a tu enemigo? — No. — ¿Cómo estás aquí? — Me han dado la libertad. — ¿La libertad?... Un indio dar la libertad a otro cuando lo tiene en un momento solemne en que le canta su victoria y lo insulta! Algo hay. — Nada, padre: he contado que no tenía nadie en la vida que te pudiera socorrer, sino yo, y me han dado la vida. Entonces indaga el viejo: — ¿Está lejos la tribu?— No, padre. — ¿Dónde?.... Levántate y sígueme, y tropezando de árbol en árbol, hasta que se ade-

lanta el hijo y lo guía, se dirije hacia la tribu de los Timbyras. Ahí llegado dice: " Soy de la raza fuerte de los Tupis, no cuento en mi vida una sola derrota, y nunca he dejado de matar al enemigo vencido, ni comprendo este perdón. Has perdonado a mi hijo por mí: ahí lo tienes. Replica el jefe Timbyra: No, tu hijo no merece la muerte, qué es para nosotros guerreros, una consagración de una vida de combates, del valor en la lucha; tu hijo ha llorado, es un cobarde y nosotros no acostumbramos a matar a los cobardes. Al saber el viejo que su hijo había llorado frente al enemigo, todo su amor se convierte en dolor, en profunda indignación, que no revelaba solamente un sentimiento personal, sino que era la voz de una raza valiente, en contra de ese hijo desnaturalizado.

Y él dice:

"Y. YUCA PIRAMA"

Tu choraste em presença da morte?
Na presença de estranhos choraste?
Não descende o cobarde do forte;
Pois choraste, meu filho nao és!
Possas tu, descendente maldito
De uma tribu de nobres guerreiros,
Implorando crueis forasteiros,
Seres presa de vis Aymorés.

Possas tu, isolado na terra,
Sem arrimo e sem patria vagando,
Regeitado da morte na guerra,
Regeitado dos homens na paz,
Ser das gentes o espectro execrado;
Não encontres amor nas mulheres,
Teus amigos, se amigos tiveres,
Tenhão alma inconstante e fallaz!

Não encontres doçura no dia,
Nem as côres da aurora te ameiguem,
E entre as larvas da noite sombria
Nunca possas descanço gozar:
Não encontres um tronco, uma pedra,
Posta ao sol, posta ás chuvas e aos ventos,
Padecendo os maiores tormentos,
Onde possas a fronte pousar.

Que a teus passos a relva se torre,
Murchem prados, a flor desfalleça,
E o regato, que limpido corre
Mais te accenda o vesano furor;
Suas aguas depressa se tornem,
Ao contacto dos labios sedentos,
Lago impuro de vermes nojentos,
Donde fujas com asco e terror!

Sempre o céu, como un tecto incendido,
Creste e punja teus membros maldictos
E o oceano de pó denegrido
Seja a terra ao ignavo tupi!
Miseravel, faminto, sedento,
Mânitós lhe não fallen nos sonhos,
E de horror os espectros medonhos
Traga sempre o cobarde após si.

Um amigo não tenhas, piedoso,
Que o teu corpo na terra embalsame,
Pondo em vaso de argilla, cuidoso
Arco e frecha e tacápe a teus pés!
Sê maldito, e sósinho na terra;
Pois que a tanta vileza chegaste,
Que em presença da morte choraste,
Tu, cobarde, meu filho não és.

Compréndese el dolor de este padre, echando a su hijo esa maldición terrible en que pedía al aire que le negase sus blandas caricias, que se quemase

la yerba bajo sus pasos, que las frutas sazonadas, huyesen de sus manos ávidas, y el agua de su boca sedienta, que el amigo le rehusara amparo y consuelo y mismo las mujeres le rehusasen el amor. Oyendo la voz del padre, el indio olvida toda su dedicación por este viejo, y acuérdase de que había sido insultado, en lo que una tribu, una raza, un hombre puede tener y tiene de superior, esto es, el sentimiento de honra. Y tomando una clava de un enemigo, embiste contra todos y trávase una lucha feroz, titánica, indescritible. El indio que hasta entonces parecía cobarde, quería ahora demostrar su valor, y el poeta describe la escena, con verso colorido y fuerte:

A taba se alvorota, os golpes descem,
Gritos, imprecações, profundas são,
Emmaranhada a multidão braveja,
Revolve-se, ennovela-se confusa,
E mais revolta em mór furor se accende,
E os sons dos golpes que incessantes fervem.
Vozes, gemidos, estertor de morte
Vão longe pelas ermas serranias
Da humana tempestade propagando
Quantas vagas de povo enfurecido
Contra um rochedo vivo se quebravão.

— Basta! já clama o chefe dos Tymbiras,
— Basta, guerreiro illustre! assás lutaste.
— E para o sacrificio é mister forças. —
O guerreiro parou, cahio nos braços
Do velho pae, que o cinge contra o peito,
Com lagrimas de jubilo bradando:
Este, sim, que é meu filho muito amado!
E pois que o acho emfim, qual sempre o tive,
Corrão livres as lagrimas que choro,
Estas lagrimas, sim, que não deshonrão.

Revela aquí el poeta una notable vis dramática, al dibujar el trágico episodio, y aún una síntesis de la psicología bárbara inspirada en las costumbres indianas poetizadas, acentuando con sus valores propios la característica moral de los indios. Esas costumbres y esos hechos, de que se hace intérprete; esas ceremonias en que nos inicia el poeta, manifiestan en forma noble y natural, que también en aquellas gentes primitivas, dominaba un gran sentimiento, el sentimiento del honor guerrero, el respeto a la persona, y asimismo a la tradición de la raza. Revela su gran talento en la métrica del verso, cuya rima es tan cadente, variada y sonora, no notándose ni un desmayo, ni un momento de esfuerzo, que deje percibir la dificultad de la confección del verso — si así se puede decir. — Su plástica es serena y perfecta, y procura con acentuado nacionalismo, oponer, como he dicho en mi primera conferencia, la tradición autóctona a la de Portugal. Pero, ese mismo poeta que se muestra tan fuerte, tan dramático, tan impetuoso en el desarrollo de su drama, o su leyenda, es el mismo poeta, profundamente lírico, suave y delicado, que encanta, cantando una de las cosas más bellas de la mujer: los ojos. Unos ojos verdes. Verdes, como la floresta de nuestra tierra, como nuestras esmeraldas, como las aguas de nuestros mares en ciertas regiones. Dicen de estos ojos, que son generalmente engañadores, pero creo más bien sea una injusticia, desde que el engaño femenino puede morar tanto en los azules, cuanto en los claros de que habla el poeta español, en los negros que prometen

seducciones, en todos cuanto quieran o sepan mentir.

São uns olhos verdes, verdes,
Uns olhos de verde-mar,
Quando o tempo vai bonança;
Uns olhos côr de esperança,
Uns olhos por que morri;
　　Que, ai de mi!
Nem já sei qual fiquei sendo
　　Depois que os vi!

Como duas esmeraldas,
Iguaes na fórma e na côr,
Tem luz mais branda e mais forte,
Diz uma — vida, outra — morte;
Uma — locura, outra — amor
　　Mas, ai de mi!
Nem já sei qual fiquei sendo
　　Depois que os vi!

São verdes da côr do prado,
Exprimem qualquer paixão,
Tão facilmente se inflammão,
Tão meigamente derramão,
Fogo e luz do coração;
　　Mas, ai de mi!
Nem já sei qual fiquei sendo
　　Depois que os vi!

São uns olhos verdes, verdes,
Que podem tambem brilhar;
Não são de um verde embaçado,
Mas verdes da côr do prado
Mas verdes da côr do mar.
　　Mas, ai de mi!
Nem já sei qual fiquei sendo
　　Depois que os vi!

Como se lê n'um espelho
Pude lêr nos olhos seus!
Os olhos mostrão a alma,
Que as ondas postas em calma
Tambem reflectem os céus;
Mas, ai de mi!
Nem já sei qual fiquei sendo
Depois que os vi!

Dizei vós, ó meus amigos,
Se vos perguntão por mi,
Que eu vivo só da lembrança
De uns olhos côr de esperança
De uns olhos verdes que vi!
Que, ai de mi!
Nem já sei qual fiquei sendo
Depois que os vi!

Dizei vós: Triste do bardo!
Deixou-se de amor finar!
Vio uns olhos verdes, verdes,
Uns olhos da côr do mar:
Erão verdes sem esperança,
Davão amor sem amar!
Dizei-o vós, meus amigos,
Que, ai de mi!
Não pertenço mais á vida
Depois que os vi!

El poeta no se contenta con esa nota de un lirismo puramente personal, tan delicada y tan sugerente que al leer ese verso, se siente, se ve éstos mismos ojos que él ha sentido, y que podrían encantar a cualquiera de nosotros. Él hace en la poesía que voy a leer, la anotación de un sentimiento más general, si así se puede decir; pregunta si es verdad que se muere de amor y explica cómo y por qué se muere, y cuando el amor no mata.

SE SE MORRE DE AMOR

Se se morre de amor! — Não, não se morre,
Quando é fascinação que nos surprende
De ruidoso saráu entre os festejos;
Quando luzes, calor, orchestra e flôres
Assomos de prazer nos raião n'alma,
Que embellezada e solta em tal ambiente
No que ouve, e no que vê prazer alcança!

Symphaticas feições, cintura breve,
Graciosa postura, porte airoso,
Uma fita, uma flor entre os cabellos,
Um quê mal definido acaso podem
N'um engano d'amor arrebatar-nos.
Mas isso amor não é; isso é delirio,
Devaneio, illusão, que se esvaece
Ao som final da orchestra, ao derradeiro
Clarão que as luzes no morrer despedem;
Se outro nome lhe dão, se amor o chamão,
D'amor igual ninguem succumbe á perda.

Amor é vida; é ter constantemente
Alma, sentidos, coração — abertos
Ao grande, ao bello; é ser capaz de extremos
D'altas virtudes, té capaz de crimes
Comprehender o infinito, a inmensidade,
E a natureza e Deos; gostar dos campos;
D'aves, flores, murmurios, solitarios;
Buscar tristeza, a soledade, o ermo,
E ter o coração em riso e festa;

E á branda festa, ao riso da nossa alma
Fontes de pranto intercalar sem custo;
Conhecer o prazer e a desventura
No mesmo tempo, e ser no mesmo ponto
O ditoso, o miserrimo dos entes:
Isso' é amor, e desse amor se morre!

Amar, e não saber, não ter coragem
Para dizer que amor que em nós sentimos:
Temer qu'os olhos profanos nos devassen
O templo, onde a melhor porção da vida
Se concentra; onde avaros recatamos
Essa fonte de amor, esses thesouros
Inesgotaveis, d'illusões floridas;
Sentir, sem que se veja, a quem se adora,
Compr'hender, sem lhe ouvir, seus pensamentos,
Seguil-a, sem poder fitar seus olhos,
Amal-a, sem ousar dizer que amamos,
E temendo roçar os seus vestidos,
Arder por afogal-a em mil abraços:
Isso é amor, e desse amor se morre!

Y sigue el poeta en la graduación del encantamiento hasta esta última estrofa:

Esse, que sobrevive a propria ruina,
Ao seu viver do coração, — ás gratas
Illusões, quando em leito solitario,
Entre as sombras da noite, em larga insomnia.
Devaneiando, a futurar venturas,
Mostra-se e brinca a appetecida imagen;
Esse, que á dor tamanha não succumbe,
Inveja a quem na sepultura encontra
Dos males seus o desejado termo!

De este modo, señoras y señores, he procurado indicar rápidamente las notas características de su talento poético: la nota fuerte, su temperamento dramático, la nota delicada y fina, propiamente personal, y la nota de una psicología ya más general, que no solamente se refiere a lo que él sentía, sino a lo que generalmente se puede sentir. Gonçalves Dias ha marcado una fecha en nuestra literatura. Debo observar que, si en mis anteriores con-

ferencias he cuidado mi prosodia buscando pensar en español, en ésta, es posible que arrebatado por el mismo asunto y sobre todo, después de la lectura de las composiciones de nuestros poetas, es posible que emplee sin sentir y por fuerza de un automatismo mental, algunas expresiones portuguesas.

Después de Gonçalves Dias, se alza en vuelo vigoroso y fugaz una otra águila. Es uno de los casos más interesantes que conozco en cualquier literatura; caso interesante por la poca vida del poeta, la extraordinaria producción y la robustez de su talento. Trátase de Alvares de Azevedo. Un día, en una casa de Río de Janeiro donde la desgracia había entrado hiriendo al hijo menor de la familia, al lado, un hermano asido al cajón, parecía sufrir de una manera tan intensa, que aumentaba el dolor de los suyos, y la congoja de todos los que rodeaban a la familia. ¿Cuántos años tenía ese hermano, cuyo dolor ha dejado un estigma en toda su vida? Tenía cinco años de edad. A los cinco años de edad, esta alma vibraba como un arpa eolia expuesta a los vientos tempestuosos de la vida. Había tanta delicadeza en aquel espíritu, tanta precocidad en aquel sentimiento, que cuando otros resistían, él caía postrado por una fiebre violenta que debilitó su organismo para todo el resto de su existencia. Siguen los años. Este muchacho completa sus estudios preparatorios, se hace bachiller en letras y a la edad en que otros apenas empiezan a aprender el idioma, sigue para San Pablo para frecuentar el curso jurídico. Desde temprano, revélase poeta, y entre otras, escribe la siguiente poesía curiosísima, en que ya se queja de falta de amor, considérase

un desgraciado, porque nunca una mirada suave de mujer, le permitió sueños de felicidad y de goce: Recito apenas dos estrofas:

UN CANTO DO SECULO

Eu vaguei pela vida sem conforto,
Esperei minha amante noite e dia
E o ideal não veio...
Farto de vida, breve serei morto...
Nem poderei ao menos na agonia
Descançar-lhe no seio...

Passei como Don Juan entre as donzellas,
Suspirei as canções mais doloridas
E ninguem me escutou...
Oh! numca á virgem flôr das faces bellas
Sorvi o mel, nas longas despedidas...
Meu Deus! ninguem me amou!

¿Qué edad tenía el hombre que echaba al mundo este grito de desesperación?... Diez y ocho años. Otra vez, estando en vacaciones en Río de Janeiro, su madre vino, como de costumbre, a apagar la vela a cuya luz estudiaba ese tenaz devorador de libros, y lo encontró concluyendo una poesía. Con los ojos llenos de lágrimas, la madre le dijo: "Hijo mío, ¿por qué te fatigas tanto trabajando en las horas que todos aprovechan para dormir? ¿Qué haces? — Y el poeta conmovido, le enseña, aún fresca la tinta, el célebre y hermoso verso, " Se eu morresse amanhã ".

SE EU MORRESSE AMANHÃ

Se eu morrese amanhã, viria ao menos
Fechar meus olhos minha triste irmã;
Minha mãi de saudades morreria,
Se eu morresse amanhã!

Quanta gloria presinto em meu futuro
Que aurora de porvir e que manhã!
Eu perdêra chorando essas corõas,
Se eu morresse amanhã!

Que sol! que céo azul! que doce n'alva
Acorda a natureza mais louçã!
Não me batera tanto amor no peito,
Se eu morresse amanhã!

Mas essa dôr da vida que devora
A ancia de gloria, o dolorido afan...
A dôr no peito emmudêcera ao menos,
Se eu morresse amanhã!

¿Qué edad tenía el hombre que escribía este verso?.. Diez y nueve años; y su madre le pregunta: ¿Hijo, por qué escribes tan tristemente, por qué me haces llorar leyendo estos versos tan desesperados? — Madre, le dice: la muerte viene, bien pronto te dejaré. Y a los veinte años muere.

Alvares de Azevedo, para quien conoce su vida, y quien conoce su obra es, sin énfasis ninguno, un verdadero prodigio. En tres meses escribió más de doscientas páginas de un romance, siete cantos de dos poemas, un estudio sobre la literatura y la marcha de la civilización portuguesa y fragmentos de otro poema en portugués anticuado. ¡En tres meses! No conozco en ninguna parte un ejemplo de una fertilidad tan pasmosa. Prosador galano y crítico literario, tenía su talento otra brillante y no vulgar faceta. Cuando venía de vacaciones a Río de Janeiro, abogados experimentados, conociendo su ciencia jurídica, le entregaban causas para que las examinara y sobre ellas diera su opinión, y eran los conceptos jurídicos de este muchacho, que ellos

llevaban a los tribunales, y por ellos los jueces decidían. El Código de Comercio del Brasil, hacía poco tiempo publicado, era aún poco conocido, sin embargo, Alvares de Azevedo lo había estudiado profundamente y lo marginó de notas, comparándolo con varios códigos comerciales existentes en las naciones civilizadas de aquella época. Así se ve el talento realmente extraordinario de este muchacho que a los veinte años había dejado una obra poética enternecedora, de gran valor lírico, que ya se mostraba jurisconsulto notable, que escribía en prosa con galanura, facilidad y conciencia, y que al mismo tiempo, para simular un Byronismo entonces en moda, forma de lascivia mental, entregábase a una vida algo desordenada.

Sin duda los críticos han exagerado la influencia que sobre el talento de Alvares de Azevedo han tenido Byron y Musset, de quien hizo un estudio crítico muy interesante. A este propósito debo decir que Alvares de Acevedo conocía casi todas las literaturas y citaba poetas griegos y latinos con la misma facilidad y el mismo conocimiento directo que citaba a poetas modernos. A Shakespeare, por ejemplo, lo conocía, como pocos. La influencia de Byron bien que exagerada por los críticos, explícase por una afinidad de temperamentos. Mismo en su obra en prosa "A Noite na taberna", notable por su espíritu satánico o macabro, revela tanto de Byron, cuanto de Musset. Alvares de Azevedo era un rebelde al mismo tiempo que un lipemaníaco, y por eso pudo ceder al influjo de Byron y de Musset, sin caer en imitaciones vulgares y conservando la espontaneidad de su temperamento, absoluta y

profundamente sincera. Fué tan corta su vida que no hubiera podido darle tiempo para hacer esa comedia, y quien trabaja noche y día con ansia de aprender y con ambición de gloria, como la que él tenía, no era capaz de deslizar en plagio indirecto o adaptaciones disfrazadas. A mi ver sus obras revelan menos un tal influjo que una modalidad característica de su talento.

La tristeza profunda, resultante de la debilidad de su cuerpo, especie de pobreza fisiológica adquirida desde aquella fiebre violenta causada por un dolor profundo, había minado su existencia. Lógicamente y por un determinismo patológico, él debía ser triste, porque era débil y tenía lo que se ha llamado el sentido de la muerte, porque su misma debilidad física en contraste con los arrebatos de su talento, provocaba un desequilibrio esencial. Sin embargo, hay una poesía de él muy curiosa, porque da una nota diferente de la dramática y de la puramente sentimental, revelando lo que se ha llamado impropiamente humorismo. El humorismo en la acepción rigurosa — dijo uno de nuestros mejores críticos, Sylvio Romero — se comprende en Inglaterra, o en las regiones Nórdicas de Europa. De hecho, en los países en que la niebla mora casi permanentemente, en que el sol en los largos inviernos, es una de esas novedades que parecen milagros, para compensar la tristura de ese vivir, o como un grito de revuelta, poetas y prosadores emplean esa forma de ironía displicente o de escepticismo cáustico. Entre nosotros, el humorismo sería ilógico. Podemos tener la sátira — resultado de un despecho contra individuos o cosas,— conse-

cuencia de una desigualdad física o social que lastima el espíritu y amarga la crítica o el análisis; podemos tener la gracia más o menos viva, más o menos inquieta, más o menos traviesa, pero, repito, el humorismo propiamente dicho, no lo podemos tener. Hay escritores nuestros, como sucederá entre vosotros, que pretenden ser humoristas, pero que no pasan de graciosos, gente de más o menos espíritu y más o menos talento de ironía. El humorista nunca es un gracioso por querer hacer espíritu, puesto que en todo humorismo hay un fondo de melancolía que se disimula cual un vicio de alma doliente que se disfraza o se venga. En esta poesía de Alvares de Azevedo, hay apenas un movimiento de travesura irónico:

SPLEEN E CHARUTOS

SOLIDÃO

Nas nuvens côr de cinza do horizonte
A lua amarellada a face embuça;
Parece que tem frio e, no seu leito,
Deitou, para dormir, a carapuça.

Ergueu-se... vem da noite a vagabunda
Sem chale, sem camisa e sem mantilha,
Vem núa e bella procurar amantes...
— E' douda por amor, da noite a filha.

As nuvens são un frades de joelhos,
Rezão adormecendo no oratorio...
Todos tem o capuz e bons narizes .
E parecen sonhar o refeitorio.

As arvores prateião-se na praia,
Qual de uma fada os magicos retiros...
Ó lua, as doces brizas que susurrão
Coão dos labios teus como suspiros!

Fallando ao coração... que nota aerea
D'este céo, d'estas aguas se desata?
Canta assim algum genio adormecido
Das ondas mortas no lençol de prata?

Minha alma tenebrosa se entristece,
E' muda como sala mortuaria...
Deito-me só e triste sem ter fome,
Vendo na meza a ceia, solitaria.

O' lua, o lua bella dos amores,
Se tu és moça e tens um peito amigo,
Não me deixes assim dormir solteiro,
Á meia noite, vem ceiar conmigo!

El poeta, en un momento de astío, y no teniendo cosa mejor, invita a la Luna a cenar con él, suponiéndola joven y capaz de amores. Es una nota graciosa, pero en la cual no se ve la espontaneidad de una risa alegre; hay algo de amargo, una especie de tristeza que lo invade, y esa es la nota característica de sus versos.

Por ejemplo:

LEMBRANÇA DE MORRER

Quando em meu peito rebentar-se a fibra,
Que o espirito enlaça á dôr vivente,
Não derramem por mim nem uma lagrima
Em palpebra demente.

E nem desfolhem na materia impura
A flôr do valle que adormece ao vento:
Não quero que uma nota de alegria
Se cale por meu triste passamento.

Eu deixo a vida como deixa o tedio
Do deserto o poento caminheiro...
Como as horas de um longo pesadelo
Que se desfaz ao dobre de um sineiro...

Como o desterro de minh'alma errante,
Onde fogo insensato a consumia,
Só, levo uma saudade-é d'esses tempos
Que amorosa illusão embellecia.

Só, levo uma saudade-é d'essas sombras
Que eu sentia velar nas noites minhas...
E de ti, o minha mãi! pobre coitada
Que por minhas tristezas te definhas!

Después de Alvares de Azevedo, y después de Gonçalves Días, para reposar vuestro espíritu de tanta fuerza y de tanta precocidad, hablaré de un alma suave, un alma de poeta que cantaba por cantar, como los pájaros cantan porque tienen voz: era Casimiro de Abreu, también un atristado o contristado, por haber tenido su vida completamente perturbada por la obstinación de su padre, en querer obligarlo a ser comerciante. Sin duda, el comercio hubiera podido ser más provechoso para Casimiro de Abreu. — La moneda poética fué, es y será por mucho tiempo, una moneda de lujo, una especie de moneda antigua y rara que se guarda en las colecciones y que cuesta miles de francos, al paso que la moneda del comerciante es moneda corriente, pero crece y fructifica. Por tanto, cuidando su porvenir, el padre tenía razón; pero de hecho, desconocía aquella alma vibrante y delicada, aquel espíritu incapaz de adaptarse a las condiciones de la vida comercial; alma de pájaro, por decirlo así, que quería cantar y no podía vivir en un almacén. De esa contrariedad sufrió constantemente el pobre Casimiro de Abreu. Fué también uno de aquellos poetas que murieron temprano: a los 24 años, cerró su pico de oro.

Su padre lo mandó a Portugal después de haber tentado en Río de Janeiro una experiencia, malograda, pues el muchacho osaba, en los libros graves del comerciante, garabatear versos. El padre creyó que sacando al hijo de aquel medio y entregándolo á otro exclusivamente comercial, conseguiría su objetivo, y lo que hizo fué despertar en aquella alma delicada, una profunda, una intensa, una inconmesurable saudade. Temperamento delicado, todo eso le fué minando la existencia, y poco tiempo después, era un enfermo que gemía en verso. La poesía "Dores", revela ese estado de alma, según el decir metafísico.

DORES

Ha dores fundas, agonias lentas,
Dramas pungentes que ninguem consola
Ou suspeita sequer!
Maguas maiores do, que a dor d'um dia,
Do que a morte bebida em taça morna
De labios de mulher!

Doces falas de amor que o vento espalha,
Juras sentidas de constancia eterna
Quebradas ao nascer;
Perfidia e olvido de passados beijos...
São dores essas que o tempo cicatriza
Dos annos no volver.

Se a donzella infiel nos rasga as folhas
Do livro d'alma, magoado e triste
Suspira o coração;
Mas depois outros olhos nos captivam,
E loucos vamos em delirios novos
Arder n'outra paixão.

Amor é o rio claro das delicias
Que atravessa o deserto, a veiga, o prado,
E o mundo todo o tem!
Que importa ao viajor que a sêde abraza,
Que quer banhar-se nessas aguas claras,
Ser aqui ou além?

A veia corre, a fonte não se estanca,
E as verdes margens não se crestan nunca
Na calma dos verões;
Ou quer na primavera, ou quer no inverno,
No doce anceio do bolir das ondas
Palpitan corações.

Não! a dor sem cura, a dor que mata,
É, moço ainda, é perceber na mente
A duvida a sorrir!
É a perda dura d'um futuro inteiro
É o desfolhar sentido das gentis corôas,
Dos sonhos do porvir!

É ver que nos arrancam uma a uma
Das azas do talento as penas de ouro.
Que vôam para Deus!
É ver que nos apagam d'alma as crenças,
É que profanam o que santo temos
Co'o, riso dos atheus!

É assistir ao desabar tremendo
N'um mesmo dia, d'illusões douradas,
Tão candidas de fé!
É ver sem dó a vocação torcida
Por quem devera dar-lhe alento e vida
E respeital-a até!

É viver, flor nascida nas montanhas,
P'ra aclimar-se, apertada n'uma estufa
A falta de ar e luz!
É viver, tendo n'alma o desalento,
Sem um queixume, a disfarçar as dores,
Carregando a cruz!

Oh! ninguem sabe como a dor é funda,
Quanto pranto se engole e quanta angustia,
A alma nos desfaz!
Horas ha em que a voz quasi blasphema...
E o suicidio nos acena ao longe
Nas longas saturnaes."

Esta poesía fué escrita en Lisboa, y bien podemos figurarnos las saudades que tenía el poeta de su tierra, tan diferente de aquélla en donde estaba. Pero no siempre el poeta llora. Su "Juramento", bien que no tan curioso como el "A. B. C. de Amor", que tanto os ha agradado, tiene mucho de gracioso e interesante: él se dirige a una amada que se llama Mariquinhas, o sea en español, Mariquita o Maruja.

"JURAMENTO"

Tu dizes, oh Mariquinhas,
Que não crês nas juras minhas
Que nunca cumpridas são!
Mas se eu não te jurei nada,
Como has-de tu, estouvada,
Saber se eu as cumpro ou não?

Tu dizes que eu sempre minto,
Que protesto o que não sinto,
Que todo o poeta é vario,
Que é borboleta inconstante;
Mas agora, n'este instante,
Eu vou provar-te o contrario.

Vem cá! — Sentada a meu lado,
Com esse rosto adorado,
Brilhante de sentimento,
Ao collo o braço cingido,
Olhar no meu embebido,
Escuta o meu juramento.

Espera: — inclina essa fronte...
Assim!... Pareces no monte
Alvo lyrio debruçado!
— Agora, se em mim te fias,
Fica séria, não te rias,
O juramento é sagrado.

— Eu juro sobre estas tranças,
E pelas chammas que lanças
D'esses teus olhos divinos;
Eu juro, minha innocente,
Embalar-te docemente
Ao som dos mais ternos hymnos!

Pelas ondas, pelas flores,
Que se estremecen de amores
Da brisa ao sopro lascivo;
Eu juro, por minha vida,
Deitar-me a teus pés, querida,
Humilde como um captivo!

Pelos lyrios, pelas rosas,
Pelas estrellas formosas,
Pelo sol que brilha agora,
— Eu juro dar-te, Maria,
Quarenta beijos por dia
E dez abraços por hora!

O juramento está feito,
Foi dito co'a mão no peito
Apontado ao coração;
E agora — por vida minha,
Tu verás, oh moreninha,
Tu verás se o cumpro ou não!...

No se sabe lo que Mariquinhas ha contestado, ni si estaba cerca para oir al galante, pero es de imaginarse que si hubiera estado, posiblemente, no hu-

biera resistido a una promesa de tantos besos y abrazos.

Hay de él una poesía más curiosa todavía. Byron, tiene una poesía que se intitula " El Vals ", y si no me equivoco, Gustavo Doré al hacer el grabado que sintetiza ese poema de Byron, nos presenta una figura de mujer, de pelo suelto, de formas bellas, pero de fisonomía trágica, como si aquella danza la arrebatase en un sueño profundo. La imagen no es exagerada, porque " El Vals " de Byron, no nos da simplemente la sensación de la danza, hay además algo de filosófico, de irónico, de torturado en el verso. Casimiro de Abreu considera o ve el vals desde otro punto de vista; el baile de un movimiento incesante, de un encanto embriagador, pero sin drama. Él ha tenido el talento de dar a su poesía, una rima que imita o acompaña el compás del vals a dos tiempos. Os pido que prestéis atención a la cadencia del verso, y tendréis la ilusión de ver la pareja que danza:

A VALSA

Tu, hontem,
Na dança
Que cança,
Voavas
C'oas faces
Em rosas
Formosas
De vivo,
Lascivo
Carmim;
Na valsa
Tão falsa,
Corrias,

Fugias,
Ardente,
Contente,
Tranquilla,
Serena,
Sem pena
De mim!
Quem dera
Que sintas
As dores
De amores
Que louco
Senti!
Quem dera
Que sintas!...
— Não negues,
Não mintas...
Eu vi!...

Valsavas:
— Teus bellos
Cabellos
Já soltos,
Revoltos,
Saltavam,
Voavam,
Brincavam
No collo
Que é meu;
E os olhos
Escuros
Tão puros,
Os olhos
Perjuros
Volvias;
Tremias;
Sorrias
P'-ra outro,
Não eu!

Quem dera
Que sintas
As dores
De amores
Que louco
Senti!
Quem dera
Que sintas!...
— Não negues,
Não mintas...
— Eu vi!...

Meu Deus!
Eras bella
Donzella,
Valsando,
Sorrindo,
Fugindo,
Qual Sylpho
Risonho,
Que em sonho
Nos vem!
Mas esse
Sorriso,
Tão liso,
Que tinhas
Nos labios
De rosa,
Formosa,
Tu davas,
Mandavas
A quem?
Quem déra
Que sintas
As dores
De amores
Que louco
Senti!
Quem dera

Que sintas!...
— Não negues,
Não mintas...
— Eu vi!...

Calado,
Sósinho,
Mesquinho,
En zelos
Ardendo,
Eu vi-te
Correndo
Tão falsa
Na valsa
Veloz!
Eu triste
Vi tudo!
Mas mudo
Não tive
Nas galas
Das salas,
Nem falas,
Nem cantos,
Nem prantos,
Nem voz!
Quem dera
Que sintas
As dores
De amores
Que louco
Senti!
Quem dera
Que sintas!...
— Não negues,
Não mintas...
— Eu vi!...

Na valsa
Cansaste:
Ficaste

Prostrada,
Turbada!
Pensavas,
Scismavas,
E estavas
Tão pallida
Então;
Qual pallida
Rosa
Mimosa,
No valle
Do vento
Cruento
Batida,
Cahida
Sem vida
No chão!
Quem dera
Que sintas
As dores
De amores
Que louco
Senti!
Quem dera
Que sintas!...
— Não negues,
Não mintas...
— Eu vi!...

Ahora podréis conocer cómo él aprovecha la rima, acompañando perfectamente el ritmo musical. Es posible que muchos de vosotros no conozcan este vals que he visto danzar mucho en la Corte de Viena, donde es aún clásico. Lo curioso está, también, en que sin perder el compás, el poeta muestra su despecho y censura a su amada. Pronto vuelve a la nota triste y dolorosa, porque es la esencial, la que residía en su espíritu. A los poetas inspirados

como Casimiro de Abreu, puede pasarles lo que sucede generalmente con los hábiles, cual se observa con varios de los parnasianos franceses. Esto es, la extrema facilidad, confundiéndose con lo que es un resultado de un trabajo largo y afanoso, para atingir a la perfección. En Casimiro de Abreu, esta confusión sería injusta; todo en él es expontáneo, y si alguna censura puede merecer, es, al contrario, por falta de la preocupación constante de la forma:

MINH'ALMA E TRISTE

Minh'alma e triste como a rola afflicta
Que o bosque acorda desde o albor da aurora
E em doce arrulo, que o soluço imita,
O morto esposo gemedora chora.

E como a rola que perdeu o esposo;
Minh'alma chóra as illusões perdidas
E no seu livro de fanado goso
Relê as folhas que já foram lidas.

. . . .

Hay en estos versos una imagen muy linda y me detengo para apreciarla. Releer las hojas de la vida que ya fueron leídas, es un pensamiento filosófico. Generalmente en nuestra existencia no es el acontecimiento inmediato lo que más duele, pero aquellas emociones que reviven cuando releemos las hojas que ya fueron leídas una vez, dejan en nuestro recuerdo imágenes o al menos una fragancia de poesía, cuando no son heridas que parecen calladas porque viven silentes a la espera de un momento para resucitar. Recuerdan la Rosa de Jericó que

vive seca y marchita hasta que de nuevo rociada, reábrese y reflorece. ¡Cuantas veces en muchas horas de la vida, desfilan por nuestra mente perfiles, recuerdos de alegría o de dolor, que son hojas releídas, como dice el poeta, y que reflorecen como la Rosa de Jericó!...

Aureliano Lessa, no padecía de esas tristuras del alma fina y delicada de Alvares de Azevedo, y no obstante, a los 33 años dejó de vivir. Hay entre sus poesías, una llamada "La Creación", que me permito recitar por ser de fuerte inspiración y de forma elegante y correcta. Lessa era un creyente y aceptaba, por tanto, sin discutir científicamente, la creación del mundo, tal cual la tradición nos la trajo, y en esa poesía, resume en pocos versos todo el cuento bíblico, pero con una fuerza, con un vigor de expresión y de imaginación, realmente apreciables:

> Quando tudo era Deus, quando só elle
> Pejava o horror do espaço;
> Deus disse: é bom que surja o Universo
> Recuemos um passo.

Es muy bella esta imagen aceptando como él aceptaba lo grandioso y lo inmenso de Dios; al decir que Dios para crear al Universo tenía que retroceder un paso, y al mismo tiempo que este inmenso Universo ocuparía tan sólo el pequeño espacio concedido por Dios. Es de una gran fuerza de imaginación en el terreno que él se coloca, que no es el mío, ni el de muchos otros. Pero el poeta debe ser juzgado como lo siente y no como nosotros queremos que él sienta.

Depois co'a dextra contrahindo o vacuo
Informe e tenebroso,
Deixou cahir o Universo inteiro
No espaço luminoso:

O silencio expandiu-se; era um sussurro
De sublime harmonia;
Hymno da vida, porque o sol gyrava
O primitivo dia.

Um chuveiro de mundos despenhou-se
Pelos desertos ares,
Como a saraiva, ou como os grãos de area
Lá no fundo dos mares.

Rodava a terra verde e a lua pallida,
Ia a noite após ellas,
Mas cáiu sobre as trevas, que fugiam,
Uma chuva de estrellas.

Os cometas correram desgrenhados,
Quaes profugos do inferno,
Levando aos astros dos confins da esphera
Os decretos do Eterno.

Vem descendo dos montes, debruçados
Como enormes serpentes
Pelas campinas té beber no oceano,
Os rios e as correntes.

Os passaros cantando, a luz da aurora
Flóreos botões desatam;
A selva freme, a viração murmura,
Sussurrando a cascata.

Como podréis verificar, esta poesía es notable por su vigor, y termina con una nota delicadísima: Describe el poeta el primer encuentro entre Adan y Eva. Eva mirábase por primera vez en el espejo cristalino, y sin embargo engañoso de una fuente,

al verse desnuda algo nuevo la intimida; Adán se avecina, la ve, se enamora, la sigue, y el poeta resume el misterio del primer amor, diciendo tan sólo: "Eva correu, Adão seguio-a, cahiram... e nasceu o *amor*". No conozco nada más expresivo y más delicadamente velado para dar idea de este primer amor, se acepte o no la leyenda bíblica.

Ahora, señoras y señores, tendré el gusto de hablar de Castro Alves, uno de los más grandes talentos poéticos que hemos poseído, una de las almas más vibrantes y que tuvo una actuación literaria extraordinaria. Poeta lírico, poeta delicado, y sin embargo, cuando malgrado las aspiraciones de muchos, en las leyes y costumbres dominaba el régimen del hombre esclavo, él toma su lira y la hace vibrar fuertemente, en favor de los desheredados, en favor de los negros, con una elocuencia, con un vigor y una pureza de imágenes, que no temen la comparación aún con lo que de más brillante se haya escrito en otros países. Empiezo con esta nota de poesía social. Nosotros conocemos lo que era el tráfico de esclavos, para de allí traer a esa pobre gente que sufría miserias extraordinarias durante el viaje, y al fin eran entregados a la sumisión completa durante toda su vida, máquinas de trabajo, más que hombres. El poeta en un canto notable, "O Navio Negreiro", describe así lo que pasa en el buque:

O NAVIO NEGREIRO

Era um sonho dantesco!... o tombadilho,
Que das luzernas avermelha o brilho,
Em sangue a se banhar!...

Tinir de ferros, estalar de açoute...
Legiões de homens negros como a noite.
Horrendos a dansar...

Negras mulheres, suspendendo ás tétas
Magras crianças, cujas bocas pretas
Rega o sangue das mãis:
Outras, moças, mas núas e espantadas,
No turbilhão de espectros arrastadas,
Em ancias e magõas vãs!

E ri-se a orchestra ironica e estridente...
E da ronda fantastica a serpente
Faz doidas espiraes...
Se o velho arqueja... se no chão resvala,
Ouvem-se gritos, o chicote estala.
E voam mais e mais!

Presa nos elos de uma só cadêa,
A multidão faminta cambalêa,
E chora e dansa ali!
Um de raiva delira, outro enlouquece,
Outro, que de martyrios embrutece,
Cantando, geme e ri!

No emtanto o capitão manda a manobra,
E após, fitando o céo, que se desdobra
Tão puro sobre o mar,
Diz do fumo entre os densos nevoeiros!
Vibrai rijo o chicote, marinheiros!
Fazei-os mais dansar!...

E rise a orchestra ironica, estridente!...
E da ronda fantastica a serpente
Faz doidas espiraes...
Qual num sonho dantesco, as sombras voam!...
Gritos, ais, maldições, preces resoam!
E ri-se Satanaz!

Senhor Deus dos desgraçados
Dizei-me vós, Senhor Deus,

Se é mentira... se é verdade
Tanto horror perante os céos?
O' mar, porque não apagas
Com a esponja de tuas vagas
De teu manto este, borrao?
Astros! noites! tempestades!
Rolai das immensidades!
Varrei os mares, tufão!...

Es fuertemente imaginativo y fuertemente real, y así sigue describiendo todas las peripecias del viaje dantesco. Castro Alves poseía el don no vulgar de ser un lindo muchacho, — digo muchacho, porque murió a los 24 años. — Era de rara elocuencia y él mismo recitaba sus versos en los teatros, sea en Pernambuco o sea en San Pablo. No debía ser un espectáculo común, ver asomarse al friso de un palco a aquel muchacho de cabellera romántica, elegante en el vestir, que con voz cadente, sonora y armónica, apasionaba, encantando a las multitudes con la música de sus versos. Tenía también la nota fina, elegante, sobre todo cuando se dirige a su amada. Parece despedirse de ella, pero la despedida de los poetas, hace acordar a las salidas falsas en el teatro, en que el actor sale por una puerta para volver por la otra. El poeta, verdaderamente, nunca se despide, pues lo detiene un encanto invencible, que domina el tiempo.

BOA NOITE

Boa noite, Maria! Eu vou-me embora.
A lua nas janellas bate em cheio.
Boa noite, Maria! É tarde... é tarde...
Não me apertes assim contra teu seio.

Boa noite!... E tu dizes — Boa noite.
Mas não m'o digas assim por entre beijos...
Mas não m'o digas descubrindo o peito,
— Mar de amor onde vagam meus desejos.

Julieta do céo! Ouve... a calhandra
Já rumoreja o canto da matina.
Tu dizes que eu menti?... pois foi mentira...
Quem cantou foi teu halito, divina!

Se a estrella d'alva os derradeiros raios
Derrama nos jardins do Capuleto,
Eu direi, me esquecendo d'alvorada:
É noite ainda en teu cabello preto...

É noite ainda! Brilha na cambraia
— Desmanchado o roupão, a espadua núa —
O globo de teu peito entre os arminhos,
Como entre as nevoas se balouça a lua...

E noite, pois! Durmamos, Julieta!
Rescende a alcova ao trescalar das flores.
Fechemos sobre nós estas cortinas...
— São as azas do archanjo dos amores.

A frouxa luz da alabastrina lampada
Lambe voluptuosa os teus contornos...
Oh! deixa-me aquecer teus pés divinos
Ao doudo afago de meus labios mornos.

Mulher do meu amor! Quando aos meus beijos
Treme tua alma como a lyra ao vento,
Das teclas de teu seio que harmonias,
Que escalas de suspiros bebo attento!

Ai! canta a cavatina do delirio,
Ri, suspira, soluça, anceia e chora...
Marion! Marion!... E noite ainda.
Que importa os raios de uma nueva aurora?

Como um negro e sombrio firmamento,
Sobre mim desenrola teu cabello...
E deixa-me dormir balbuciando:
—Boa noite! formosa Consuelo!...

Lírico romántico, Castro Alves, nos da ahora una nota del romanticismo: "O Derradeiro Amor de Byron". La poesía es interesante, porque al mismo tiempo que revela el carácter del gran poeta inglés, tiene una descripción muy bien hecha.

O DERRADEIRO AMOR DE BYRON

Num desses dias em que o Lord errante,
Resvalando em cochins de seda molle,
A laureada e pallida cabeça
Sentia-lhe embalar essa condessa,
Essa languida e bella Guiccioli...

Numa dessas manhãs em que Ravena
Vaidosa de seu Child peregrino,
Sacudindo a poeira dos palacios,
Ao morno vento que lhe vem dos Lacios,
Amornava-se ao sôpro bysantino...

Quando aquella mão, regia de Madona
Tomava aos hombros essa cruz insana,
E do - Giaour o lugubre segredo,
E esse crime indizivel de Manfredo
Madornavam aos pés da Italiana...

Numa dessas manhãs, emquanto a moça,
Sorrindo-lhe dos beijos ao resabio,
Cantava como um'ave ou uma criança,
Ella sentiu que um riso de esperança
Abria-lhe do amante labio a labio...

A esperança! a esperança no precito!
A esperança ness'alma agonisante!

E mais livida e branca do que a cêra,
Ella disse a tremer: — George; eu quizera
Saber qual seja... a vossa nova amante.

— Como o sabes?—Confessas?—Sim, confesso...
— E seu nome? Que importa? — Fala, Alteza!
— Que chamma doida teu olhar espalha...
Es ciumenta? — Mylord, eu sou da Italia!
— Vingativa? — Mylord, eu sou princeza!

— Queres saber então qual seja o archanjo
Que inda vem me animar o ser corrupto,
O sonho que os cadaveres renova,
O amor que o Lazaro arrancou da cova,
O ideal de Satan... — Eu vos escuto!

Olhae, signora... Além destas cortinas,
O que vedes? — Eu vejo a inmensidade!
— E eu vejo a Grecia... e sobre a plaga errante,
Uma virgem chocando... — É vossa amante?
— Tu o disseste, condessa... é a Liberdade!

Nos describe, por tanto, la última escena de ese amor de Byron, que, sea por cansancio de goces conocidos, sea por ansia de algo grande y nuevo, se entrega a la defensa armada en favor de la independencia de Grecia. Tiene aún el poeta composiciones descriptivas de la naturaleza en que el verso suena vigoroso y rico en totalidades pintorescas. Así se observa que él ha corrido toda la gama de sentimientos e impresiones.

Nunca he podido comprender la crítica cuando acusa a Castro Alves de Gongorista o *condoreiro*, si el término es de menoscabo, pues si tiene que tratar de una escena dramática o trágica, de un movimiento de pasión, de un arrebato de celos o de odios, no puede emplear el tono, el lenguaje, el

modelado del verso, y las imágenes que emplea al tratar de madrigales o cuadros al pastel, de aspectos físicos o de sentimientos a flor de la piel. Es como si quisiéramos que Salvator Rosa pintara sus batallas con el pincel lamido, tan lamido que parece tener lenguas, de aquellos miniaturistas holandeses del tiempo de la decadencia, o si pidiéramos a Fray Angélico, suave y delicado, que pintara una escena de horror, una escena de lucha, de pasión sensual. Para juzgar al poeta hay que colocarlo en su tiempo, y en el medio de pasiones o de aspiraciones que agitaban la colectividad a que pertenecía y para quien cantaba. Castro Alves, como he dicho, no sólo ha revelado su fuerza, pero aún su encanto; ha sido un poeta lírico y un gran poeta social.

Despus de Castro Alves, viene Fagundes Varella. a quien la desgracia también muy temprano arrebató la vida. La muerte de una hija y de su mujer, lo hizo errar triste por las selvas y tal vez de ahí le vino el amor por la naturaleza. Contemplándola se inspiró y creó "O Evangelio na Selva".

Siento no poder estudiar mejor este poeta tan interesante. Interesante porque diferente de Alvares de Azevedo y de Castro Alves, no es desde cierto punto de vista, inferior a esos dos. Dejo también, y no sin pena, de haceros conocer a otros líricos, como Tobías Barreto, Pedro Calasans, Laurindo Rabello, el repentista extraordinario, Bittencourt Sampaio, el cantor nacionalista, y otros, merecedores de vuestra simpatía. Pero cual he dicho no hago la historia, ni la crítica de la literatura y reconozco que el tiempo se me fué y que no debo abusar de vuestra paciencia.

CUARTA CONFERENCIA

3 de Mayo de 1918

CUARTA CONFERENCIA

3 de Mayo de 1918

Antes de iniciar mi cuarta conferencia, me es grato rendir un tributo de homenaje a Rodó, cuya figura para que se destaque clara, nítida, en su significado esencial, no carece de énfasis, de calificativos exorbitantes, a fin de que la posteridad más o menos remota, no venga a desgastar lo que hubiese de exagerado en nuestro sentimiento de hoy. La acción y reacción que él tuvo en su tiempo, y que tendrá en el culto que le dedica la juventud — y cuando digo la juventud no me refiero solamente a los que tienen pocos años, sino a los que tienen un sincero y puro culto a la belleza — esa reacción y esta influencia, definen perfectamente su carácter intelectual, y me es grato, por tanto, aprovechar la coincidencia de estas conversaciones sobre las letras brasileras y la conmemoración de su primer aniversario, no digo de muerte, pero de consagración, porque no muere, quien con justicia continúa viviendo en la admiración y en el amor de todos.

. . . .

No sé si debo hacer penitencia pública del mucho tiempo que os he tomado en la última conversación, o si debo creer que la voz sonora y encantadora de los poetas, os haya hecho perdonar ese

retardo de que también he sido víctima, porque el primer encantado era yo.

Nos ocuparemos hoy de los políticos y diplomáticos que han sido poetas o que lo son. Uno de estos políticos, Octaviano Rosa, dijo una vez: la política es una especie de Imperia, cortesana voraz que no perdona al enamorado y que después de haberle tomado toda la savia, lo deja completamente exhausto. Coquetería de poeta, porque a pesar de las seducciones de la política, él tuvo tiempo para hacer vibrar su lira.

En una de las conferencias pasadas, me he referido a José Bonifacio de Andrada e Silva, al viejo, que era al mismo tiempo sabio y político. Ahora me refiero a José Bonifacio de Andrada e Silva, al nieto, que era poeta, político, profesor de derecho, orador notable, y lo que es superior a todo eso, un espíritu encaminado hacia las grandes ideas y un sentimiento abierto a todos los grandes movimientos en favor de su pueblo, de su raza, de su patria.

En la última década de su existencia, se puede decir que él marcaba con un discurso un paso hacia la muerte, y cuando se agitaba en el Brasil la más grande cuestión social que ha tenido, la de la sustitución del brazo esclavo por el trabajo libre, José Bonifacio iba al Senado a pronunciar uno de aquellos famosos discursos de los cuales se ha dicho que eran nuevos clavos que incrustaba en su féretro. Pero murió antes de la victoria de la causa a que había consagrado su elocuencia y los últimos días de su vida.

Ese gran poeta del "Redivivo", ese gran orador, profesor de derecho, cuya palabra arrebataba

a los estudiantes de su época y a los maestros sus colegas, tenía en su lira una nota suave, una nota delicada y hasta traviesa. Del culto a la belleza femenina, mas o menos sintético, más o menos ànalítico, conforme el temperamento de los individuos, pues éstos admiran los cabellos, aquéllos las bellas manos, blancas y perfumadas, dueñas de caricias y consuelos, otros los ojos que destellan encantos y seducciones, José Bonifacio destacaba, porque amaba sobre todo, el pie. Concordemos en que aun sin seguir su devoción parcial, el poeta no ha dejado de tener razón. Él hizo sobre el pie una poesía delicada, que me permito recitar:

O PÉ

Adorem outros palpitantes seios,
seios de neve pura!
De angelico sorrir meiga fragrancia,
Ou sobre collo de nevada garça,
Cahindo a medo em ondas aloiradas,
Bastos anneis de tranças perfumadas.

Não, não quero paineis de tal encanto,
Tenho gostos humildes,
Amo espreitar a negligente perna,
Que mal se esconde nas rendadas saias,
Ou ver subindo o patamar da escada
Sem azas a voar un pé de fada!

Um pé, como eu já vi, subindo a escada
Da casa de um doutor;
Da moçoila gentil a erguida saia
Deixou-me ver a delicada perna!...
Padres, não me negueis, se estais em calma
Um coração no pé, na perna um'alma.

Y el poeta llama a eso tener gustos modestos!... Se diría que es la poesía de un joven, de un estudiante que se permite ciertas libertades; sin embargo, aun cuando entrado en años, y en decepciones, él no se arrepentía de ese culto especial y candoroso. Es de notar que José Bonifacio, con amar sobre todo el pie, sigue pidiendo en su verso, que después de enterrado quería sobre su tumba la forma de un pie, y nos afirma que él lo haría pensar en el *resto.*

Otro político, poeta, un caso curioso en nuestra literatura, es Araújo Vianna. Diríase de él que era una de esas figuras políticas esencialmente conservadoras, uno de estos hombres tranquilos ocupando el lugar que le ha tocado en suerte, en fin, como decimos en el Brasil, una especie de toma - larguras, pues no era de aquellos que rompen el espacio, según dice Le Dantec, del organismo vivo al crearse una existencia. Con todo, este hombre, pulsó la lira e hizo a su hija esos versos que son una de las notas líricas más notables, más sentidas de amor de un padre por su hija. Se titula "Violetas". Fué dedicada a su hija después de muerta. El título viene por la predilección que ella tenía por aquellas flores.

VIOLETAS

Da planta que mais presavas,
Que era, filha, os teus amores
Venho de pranto orvalhadas
Trazer-te as primeiras flores...

Em vez de afagar-te o seio
D'enfeitar-te as lindas tranças

Perfumarão está lousa
Do jazigo em que descanças.

Já lhes falta aquelle viço
Que o teu disvello lhes dava...
Gelou-se a mão protectora
Que tão fagueira as regava...

Desgraçadas violetas,
A fim prematuro correm...
Pobres flores!... tambem sentem!...
Tambem de saudade morrem!...

Como se ve es de una gran suavidad eso de simbolizar en el marchitar de esas flores, sus mismos sentimientos.

De Octaviano Rosa, que como hice notar antes dió una definición de la política — hay una poesía también bastante curiosa. — Octaviano, era un espíritu ático. Yo lo oí una vez pronunciar un discurso, y la impresión que me hacía a medida que hablaba, era no de una palabra potente, de un pensamiento impresionante, sino de una estatua pura, blanca, leve, que se levantaba poco a poco, que surgía desnuda en toda su belleza elénica, como si Praxiteles la hubiera modelado. Era tan estético, tan puro, tan delicado su espíritu, que hasta su palabra parecía modelar imágenes. Era de una naturaleza débil y enfermiza, pero aun en los momentos de dolencia, sonreía como lo prueba la poesía que denominó " Desejos de doente ", quiere decir "deseos de enfermo ". Y él decía a su querida, desconocida, pues las queridas de los poetas son más o menos casi siempre impersonales:

DESEJOS DE DOENTE

Querida, quando eu morrer,
Com tua boquinha breve
Não venhas tu dizer:
A terra te seja leve.

Nesse dia vem calçada
De botinas de setim:
Quero a terra bem pisada,
Tendo teu pé sobre mim.

Em paga de meus amores,
Quando tombar o caixão,
Deita-lhe um ramo de flores
Colhidas por tua mão.

E se mais posso pedir-te,
Nesta eterna despedida
Deixa dos olhos cahir-te
Uma lagrima sentida.

La poesía es interesante no sólo por la rima graciosa, sino por el contraste de sentimientos. Parece al principio una travesura lírica, pero termina con la suave nota de una saudade intensa.

Para que sigamos una gradación de esa gama musical de nuestros poetas, les voy a presentar ahora, Pedro Luiz, diputado, ministro de Estado. Ese no se quejaba, como Octaviano, de la política, pues ella le era, no un medio de vida, porque tenía fortuna particular, no un ansia de ambición desmarcada, porque su lira le daría más celebridad y su espíritu irónico no permitía falsas adoraciones. La

política era una especie de diversión o empleo de tiempo, pero hombre inteligente, la hacía gallardamente. Cuando manifestaba su entusiasmo, su temperamento, era cuando tomaba la lira. La poesía "Terribilis Dea" os dirá mucho de su talento poético:

Quando ella appareceu no escuro do horisonte,
O cabello revolto... a pallidez na fronte...
Aos ventos sacudindo o rubro pavilhão,
Resplendente de sol, de sangue fumegante,
O raio illuminou a terra... nesse instante
Frenetica e viril ergueu-se uma nação!

Quem era? De onde vinha aquella grande imagem,
Que turbara do céo a limpida miragem,
E de lucto cobrira a senda do porvir?
De que abysmo saiu?... Do tumulo?... do inferno?
Póde o anjo do mal desafiar o Eterno?
Da fria sepultura o espectro resurgir?

Deixae que se levante a grande divindade!...
Seu templo é a terra e o mar; seu culto — a mortandade;
Enche-lhe o peito o sopro das paixões.
É a mulher phantasma! Uma visão do Dante...
Dos campos de batalha a horrida bachante,
Que mergulha no sangue e ri das maldições!

A deusa do sepulcro! a pallida rainha!
A morte é sua vida. Impavida caminha,
Ora grande, ora vil nas trevas ou na luz;
A corte que a rodea é lugubre cohorte;
Tem gala e traja lucto: é o sequito da morte
A miseria que chora, a gloria que seduz.

Desde que o mal nasceu, nasceu aquelle espectro;
De raios corôou-se! Ao peso de seu sceptro
A terra tem arfado em transes infernaes!...
Do mundo as gerações têm visto em toda idade,
Sinistra, apparecer aquella divindade,
Celebrando no sangue as grandes saturnaes.

No seu olhar de fogo ha raios de loucura...
Tem cantos de prazer! tem risos de amargura!
Muda sempre de céo, de rumo, de pharol!
Aqui — pede ao direito a voz forte e serena;
Alli — ruge feroz, feroz como uma hyena...
Assassina na treva ou mata á luz do sol!...

Levanta o gladio nú em nome da verdade,
Accorda em furia accesa á voz da liberdade...
E no punho viril derrete-se o grilhão!
Como é bella!... Depois... sem fé, sem heroismo,
Despedaça a justiça, e atira com cynismo
A virgem liberdade aos braços da oppressão!

E' uma deusa fatal! Quer sangue... e atira flores!
Abraça, prende, esmaga os seus adoradores,
Embriaga-os de gloria e os cerca de esplendor.
E esses loucos, depois de feitos de gigantes,
A tunica lhe beijam, ardentes, delirantes,
E morrem a seus pés na febre desse amor.

Y sigue el verso en esa forma describiendo lo que es la guerra. No conozco en la lira de este poeta ninguna nota, no diré fresca, pero sí graciosa, su estro se ha dedicado siempre a los grandes movimientos del espíritu o a las grandes emociones.

Entre otros políticos, poetas, hay durante la lucha de nuestra independencia un gran polemista, un gran orador, Evaristo da Veiga, que dejó en la historia una reputación de carácter inquebrantable. Era de origen modesto, un librero, y posiblemente del contacto con los libros, le vino el deseo de decir a los hombres lo que pensaba y sentía en aquel momento difícil para su patria. No es vulgar ver a un simple librero venir a la arena a batirse con los hombres más notables de su época, revelando capacidad

política y una gran intuición de los intereses de su país.

Otro más, era el lírico Joaquín Serra. Joaquín Serra, era bajo y gordo, tenía la risa fácil y algo picaresca, cual su fisonomía irónica, de barba un poco descuidada, y pelo siempre fuera de su lugar; a primera vista parecía un burgués holgado, pero era un poeta y un enamorado de las grandes causas. Yo fuí testigo de su labor extraordinaria, dando día por día en un diario, un artículo que agitaba siempre, y todos los días, a la opinión pública. Cualquier motivo, el incidente aparentemente más inocuo, era pretexto para que su pluma vigorosa y alerta, agitara los espíritus produciendo gran efecto, sin que con eso o a pesar de eso dejase de ser un hombre alegre, franco, ameno en el trato y un poeta de mérito.

Ahora se destaca en esa galería que he procurado revivir, una figura verdaderamente extraordinaria por su origen, por sus condiciones y por su acción, y no es sin sincera emoción que me refiero a él. Trátase de Luiz Gama, el poeta y el abogado negro. Raramente he encontrado una persona tan pulcra física y moralmente. Hijo de una negra esclava y esclavo él mismo, durante cierto tiempo, consiguió por su talento, en un medio aristocrático, como era en aquel entonces el de la ciudad de São Paulo, una posición envidiable, rodeado de admiración y respeto por jóvenes y viejos. Una tarde, paseábamos él y yo, — que era entonces un muchacho de 17 a 18 años, y cursaba mis estudios de Derecho en la Facultad, — paseábamos, decía, por un lugar hoy casi desconocido porque el progreso lo ha transformado.

Era una planicie amplia, cortada por un río en la parte baja de la ciudad. Hablábamos de la Grecia, y la palabra cálida, insinuante y nerviosa de Luiz Gama me hacía revivir a Homero y a todos los bardos que iban cantando de ciudad en ciudad, llevando ideas nobles, y nuevas formas de belleza; me mostraba a Tirteo animando el espíritu guerrero de su gente, Sófocles, Efebo de hermoso cuerpo, danzando desnudo frente a las tropas de Atenas que celebraban la victoria, y después gran trágico venciendo al gran Esquilo. En un momento dado, Luiz Gama se detiene, y me dice:—No soy ambicioso, y tengo amor a la vida, pero, si fuera posible encontrar, no un Homero, no un Sófocles, no un Tirteo lo que es mucho pedir, pero almas inspiradas en grandes ideales que anduvieran por este país, de Norte a Sur, y de Este a Oeste, clamando el Evangelio de la libertad, pidiendo, no como limosna, sino como reconocimiento de un derecho propio en favor de la raza esclava, ya tan apenada durante siglos, yo moriría hoy mismo contento, al ver realizado mi mayor deseo y una gran obra de justicia. ¡Este era el negro poeta, este era el negro abogado!...

La diplomacia, señoras y señores, es una de las instituciones más difíciles de juzgar según el criterio general y más fáciles de comprender si la estudiamos en su función normal. No solamente aquí, sino que entre nosotros, el tipo más o menos clásico del diplomático, es el de un individuo elegante, fino, enamorado de la vida y sobre todo de los placeres que ella puede permitir y gozando de las facilidades y regalías que se creen extraordinarias. La benevolencia de los aduaneros para con nuestros bagajes,

la facilidad protocolar con que se nos recibe en las cortes, y las relaciones de oficio que podemos tener en todas las clases sociales, hace pensar a muchos que somos de la raza de los príncipes de cuentos de hadas. Se olvidan que basta la separación de la patria para constituir un daño, trayendo una saudade permanente, y provocar momentos de profunda tristeza. Ni la acogida benévola de la sociedad adonde vivimos, ni las aparentes facilidades de la vida material, compensan esta tristeza. Solamente sabe y siente lo que es saudade quien vive lejos de su patria. Me acuerdo de una frase de un almirante americano, dicha hace pocos años en Buenos Aires, en una fiesta que yo daba a bordo de uno de los acorazados brasileros: " Nosotros los marinos, cuando en tiempo de paz, salimos a afrontar la mar sin límites, tenemos una ruta, siempre sabemos que hemos de volver; ustedes, marinos diplomáticos, nunca tienen ruta segura, ni saben si volverán al puerto de salida ". Esto, cuanto a la que podría llamarse actitud sentimental del diplomático, pues en lo que atañe a su actuación política, disminuirla o desconocerla, no recomienda a los autores de una tal tarea antipatriótica.

El primero que voy a citar es un tipo curiosísimo: Maciel Monteiro era un hombre guapo, elegante, fino, de una cultura intelectual rara, conocía tanto la literatura griega como la de todas partes, porque todo leía, todo trataba de aprender, y en todo ponía la nota delicada y fina de su espíritu sutil. Maciel Monteiro ha sido revolucionario, y parece increíble que aquel espíritu constantemente risueño y más dado a las fiestas que a los combates de la vida,

fuera capaz de sentir la vibración de luchas azarosas. Ha sido diputado, y sus discursos revelan a un orador perlamentario de gran corrección, elegancia en el espíritu, en los gestos y en las palabras, lo que quiere decir una armonía perfecta y absoluta entre lo que pensaba y lo que hacía. Ha sido Ministro de Relaciones y jamás nuestro comercio con los diplomáticos ha tenido nota más fina, más culta; pues no sólo era un ministro que negociaba, era un espíritu que seducía y los diplomáticos europeos no se animaban a crear dificultades a un hombre tan amable y tan avisado. Fué un enamorado de la belleza, — quiero decir, de la mujer, — y sin ser un Don Juan vulgar, cuya guitarra suena a tuerto y a derecho en cada esquina, era muy afortunado en amores. Su traje tenía la corrección correspondiente a sus sentimientos y a sus instintos; no era un muñeco que sigue la moda con pasión e inconsciencia, sino un hombre elegante que nunca estaba fuera de la moda, sin estar esclavizado a ella. Entre otras, tiene una poesía, muy interesante. Como todo enamorado era, naturalmente, de cuando en cuando, un poco atrevido, pero de esos atrevidos que las mujeres casi siempre perdonan, porque tenía un hechizo especial. Una vez — se me ha contado — subía él una escalera por la cual bajaba una mujer. Él se para, la mira; ella era hermosa, lo seduce, y súbitamente él exclama: "Deixa beijar-te meu bem", lo que quiere decir: déjame besarte, mi bien. En aquel tiempo estaba de moda la poesía repentista y la glosa, y la mujer le dijo: "Glose", y él sin inmutarse glosó como lo voy a decir. Parece que la mujer se llamaba Ana-

lia o él le dió ese nombre lírico, para disfrazar quien sabe la vulgaridad de una " Jerónima " o "Gregoria " cualquiera.

DEIXA BEIJAR-TE MEU BEM!

Suspende Analia divina
Do teu regaço o pudor
Não beija o zéphiro a flor?
Não beija a aurora a bonina?
Quando o sol meigo se inclina
Não beija as ondas tambem?
Se ao terno pombo convem
Beijar a rola innocente,
Se a Natureza consente
Deixa beijar-te meu bem!

La historia no dice si el beso ha sido dado, pero, hay otra nota sentida, en que se admira no solamente el repentista sino el verdadero artista en la plástica del verso:

Formosa, qual pincel em tela fina
Debuxar jamais pôde, ou nunca ousára;
Formosa, qual jamais desabrochára
Em primavera rosa purpurina;

———

Formosa, qual se a propria mão divina
Lhe alinhara o contorno e a forma rara;
Formosa, qual jamais no céo brilhara
Astro gentil, estrella peregrina;

———

Formosa, qual se a natureza e a arte,
Dando as mãos em seus dons, em seus lavores
Jamais soube imitar no todo, ou parte;

———

Mulher celeste, oh! anjo de primores!
Quem pode ver-te, sem querer amar-te!
Quem pode amar-te, sem morrer de amores!

Maciel Monteiro era Ministro en Lisboa, cuando pasó un hecho extraordinario, no solamente en la vida de un diplomático sino en la vida de cualquier individuo. Él hacía la corte en aquel tiempo, a una prima donna de una compañía de ópera a la cual acostumbraba visitar en los intervalos de la representación. Una noche en que la sala del teatro, rebosaba de todo cuanto más aristocrático existía en Lisboa, Maciel Monteiro estaba en el palco escénico, en íntimo coloquio con la artista, cuando inesperadamente sube el telón y el público estupefacto, ve a la prima donna besada por el Ministro del Brasil. Fué una escena rápida, pues luego bajó el telón. Otro hombre cualquiera se hubiera inmutado, Maciel Monteiro se alejó por varios días de Lisboa, y poco después volvía, continuando una vida tranquila, y hasta pareciendo enojado con el *regisseur* por su falta de buen gusto, al perturbar su galantería con una hermosa artista. Era tan amante de la belleza, tan profundamente enamorado de la armonía de la vida, que al sentir que la vejez lo abatía, el poeta se mató, no queriendo aguardar la muerte. Suicidóse, no por debilidad, ni por locura, sino para no dejar de ser el tipo de gracia y de vigor que había sido siempre, pues no admitía la vulgaridad de la vejez.

Otro diplomático y poeta que tuvo en nuestra historia literaria una actuación muy importante es Domingos de Magalhães, autor del poema "Confederação dos Tamojos" a quien me referí en una

de las conferencias anteriores; publicó un libro de versos que se llama: " Suspiros Poéticos ". Para nosotros, hombres de hoy, un tal título parecería poco varonil, pero en aquel tiempo respondia, título y texto a la poética corriente. Ese libro ha tenido gran influencia en nuestra literatura, porque parecía marcar un rumbo nuevo. Con él sucede lo que a muchos literatos que revelan aptitudes variadas por no decir diferentes. Además de poeta ha sido historiador y crítico literario.

Pero hay otra figura de diplomático poeta. José María do Amaral. Habiendo dejado la diplomacia, volvió al Brasil, y se alejó de la atmósfera más o menos ardiente de las pasiones políticas. Parece que el mucho caminar por el mundo le había traído un deseo de retiro y de casi inmobilidad. Sintiendo, naturalmente, que el medio, ya no era aque' en que había nacido, y se había criado, pues la ausencia lo había hecho " un deraciné ", sentíase casi solo en su tierra. De ahí, quien sabe las amarguras de su espíritu, los desengaños, las desilusiones y la vibración plagente de su lira que cantaba solametne elegías. Triste y viejo, describe o dibuja, en una poesía que se llama: " Desengano ", el estado de su alma.

DESENGANO

Uma por uma; da existencia as flores
Se a existencia que temos é florida,
Uma por uma, no correr da vida,
Fanadas vi sem viço e vi sem côres

Do mundo as illusões perdi funestas,
Ao noiteiar da idade, em amargura,
Esperança christâ, só tu me resta!

Fujo contigo d'esta vida impura.
Nas crenças que tão mystica me emprestas
Transponho antes da morte a sepultura.

Otro político diplomático, y lírico de real valor, es Luiz Guimarães Junior. Su hijo ha sido aquí Secretario de Legación y ha publicado un volumen de interesantes poesías titulado: "Pedras Preciosas". El padre tenía mucho talento poético y lo revela en una poesía muy curiosa, porque se trata no del sentimiento humano, sino del que él presta a un animal. Describe un viaje a bordo de un buque, en el cual traían un águila, regalo de un príncipe a otro príncipe. Un águila real, hermosa, grande; en su mirada fulminante el poeta descubre orgullo y avidez de luz; en sus alas posantes y obligadas a la tranquilidad de la jaula, siente como una fuerza latente, a espera de un momento de libertad, para romper espacio afuera. Presa, el águila sufre, y de esa pena moriría si el capitán del buque, al verla un día enferma, no dijera al esclavo que la conduce: —Llévala arriba, pues le falta aire; el océano le dará la ilusión del espacio, ya que por orden superior tienes que llevarla enjaulada. El esclavo sube la jaula. Al sentir el palpitar del aire libre, la mirada del águila se incendia, sus plumas todas se encrespan, palpitan sus alas y ella trata de romper la jaula. El capitán dice al esclavo: Déjala salir un momento, está débil, no huirá; sopla fuerte el viento y ella no se animará a volar. Se abre la puerta y como una tromba, el águila derriba al esclavo, sale, abre las alas, tantea el aire y, soberana se lanza al espacio. Pero ya había perdido el hábito de volar, ya no tenía más la pujanza con que luchaba contra el

viento, y la tempestad venía. El viento revuelto, la toma, la sacude, y ella, se agita, lucha, y remonta en un vuelo impetuoso, mirando de frente al sol, como si se despidiera de la luz, cierra las alas y se hunde en el océano. La poesía es de un vigor notable, como se ve, y responde en su dibujo pintoresco a la pasión atribuída a la noble ave, que ha servido de símbolo o de emblema heráldico. El poeta cuenta en otra poesía, su propio sentimiento de "saudade", al salir del Brasil.

FÓRA DA BARRA

Já vamos longe... Os morros bemfazejos
Mettem na bruma os cimos alterosos...
Ventos da tarde, ventos lacrimosos,
Vós sois da patria os derradeiros beijos!

As alvas plagas, os profundos brejos,
Ficam alem, alem! Adeus gostosos
Tormentos do passado! Adeus, oh gosos!
Adeus, oh velhos e infantis desejos!

Na fugitiva luz do sol cadente
Vai-se apagando — ao longe — tristemente
Do Corcovado a magestosa serra:

O mar parece todo um só gemido...
E eu mal sustenho o coração partido,
Oh terra de meus paes! oh minha terra!

Esta nota sentida revela la tonalidad de su lirismo y la corrección de su rima.

Otro diplomático poeta, ha sido Joaquín Nabuco, orador notable, no solamente por la forma y lo ele-

vado del pensamiento, sino también por la voz, rica en sonoridades, ora cálida, ora suave, ora tierna, de manera que encantaba, seducía e impresionaba. Toda esta belleza de su palabra y todo ese vigor de su talento, lo consagró a la causa de los esclavos, en discursos notables en la Cámara, o escribiendo artículos vibrantes en el diario del cual era redactor principal, el grande y notable Quintino Bocayuva. Era también poeta y recito un soneto suyo como muestra de su lírica.

IGNEZ E CATHARINA

Duas mulheres chegam - se, medrosas,
para perto da estatua, cuja fronte
a manhã que desperta no horizonte
enche de claridades jubilosas.

Vestem ambas as roupas gloriosas,
cujos fios de luz não ha quem conte.
Mas quem são essas fórmas vaporosas,
como as nevoas que descem sobre o monte?

Uma traz as hervinhas, com as flores,
que ella colheu na fonte dos Amores
a quem depois de morta a fez rainha;

a outra, que era vida, era o desejo,
que enchia a grande alma que elle tinha,
noiva da sua gloria, — traz-lhe um beijo.

Aun cuando Oliveira Lima no sea poeta, no puedo olvidar su nombre al tratar de diplomáticos hombres de letras. Como historiador y escritor tiene un lugar marcado en esta galería. Siento no estudiar a Domicio da Gama, nuestro Embajador en Estados Unidos, a Fortoura Xavier; Magalhães Aze-

redo; Cardoso de Oliveira y otros que aún representan el Brasil en el extranjero.

Tratando de los poetas modernos no puedo hacer de ellos una nómina completa, ni un estudio tan largo como el de los poetas románticos. No, porque juzgue, como ha dicho alguien, que en nuestra poesía, abunden cantores, como en nuestro cielo refulgen tantas estrellas, que hasta la misma vía láctea, cuna y tumba de astros, brilla con raro vigor. No quiero decir que los poetas de nuestra tierra sean tan numerosos como las estrellas, pero sí, que no es posible en una serie de conferencias, nombrar a todos los que tienen talento. Me permito apenas tomar algunos de ellos — y como la delicadeza me obliga empiezo por una mujer: trátase de Hilka Machado, considerada modernamente una de nuestras mejores poetisas.

NOCTURNOS

O alvo frouxel do luar se extende pelo matto...
Um perfume subtil, preguiçoso fluctua,
E, mal no espaço o absorve, em vão prescruta o olfacto
Si elle subiu da terra ou si desceu da lua.

Toma-me todo o corpo um langor insensato,
Fecho os olhos e sinto a alma caricia tua...
— Sonho, — é apenas a luz que me amancia o tacto.
E, qual um pollen, cai na minha cutis núa

E a luz luar que, humente e untuosa como colla,
Escorre pelo azul... Vencel-a embora queira,
Já no cerebro meu atôa a idéa róla...

A lua, algida flôr de celica espongeira,
Desabrocha na altura a pallida corólla
E desprende do luar a essencia dormideira.

Nada tiene de extraordinario que la poetisa sintiera lo que describe. Los temperamentos delicados y vibrátiles, son a veces como instrumentos ignorados que las circunstancias de la vida hacen resonar más o menos, y paréceme natural esa preferencia femenina por la Luna, el astro suave, el astro de los sueños, de los deseos vagos, que fluctúan como el humo, vagando en el espacio imprecisos e incompletos, como todo devaneo.

Quiero recitar para concluir otros hermosos sonetos de dos notables poetas modernos. Uno es Raymundo Correa. Raymundo Correa no obedece a reglas, escuelas; ni a la influencia de los antiguos poetas líricos que entre nosotros dominaran en el siglo XVIII, ni a la de los románticos que duró hasta después de Castro Alves. No se puede marcar de una manera rígida el rumbo poético de nuestros tiempos. Hay una fluctuación; unos guardan la forma, apurada y no sin elegancia pero algo fría del parnasianismo; otros malgrado esa forma tienen vibraciones propias de nuestro temperamento, de la emotividad de nuestra raza. Unos buscan la inspiración en las enseñanzas de la vida, en lo que se llama la realidad; otros, buscan la realidad en sus mismos sueños. Raymundo Correa tenía una dulce filosofía y también una plástica perfecta. Recito un soneto que es muy conocido aquí; lo he oído comentar por varios hombres de letras uruguayos. Se llama " As Pombas " o sea " Las Palomas ". Desde aquí observo una sonrisa simpática de alguien que lo ha leído y como que me anima a leerlo:

AS POMBAS

Vai-se a primeira pomba despertada...
Vai-se outra mais... mais outra... emfim dezenas
De pombas vão-se dos pombaes, apenas
Raia sanguinea e fresca a madrugada

E a tarde, quando a rigida nortada
Sopra, aos pombaes de novo, ellas serenas,
Ruflando as azas, sacudindo as pennas,
Voltam todas em bando e em revoada...

Tambem dos corações onde abotôam,
Os sonhos, um por um, celeres vôam,
Como vôam as pombas dos pombaes;

No azul da adolescencia as azas soltam,
Fogem. Mas aos pombaes as pombas voltam,
E elles aos corações não voltam mais...

Es una poesía lindísima, como se vé, de forma correcta, sin frialdad, y es lo que se puede llamar un aviso o una deliciosa parábola filosófica.

Otro poema moderno, considerado por los literatos portugueses como el más perfecto sonetista de la lengua, es Olavo Bilac, cuyo soneto "Ouvir estrellas" es característico de su manera de poetizar:

OUVIR ESTRELLAS

Ora (direis) ouvir estrellas! Certo
Perdeste o senso! E eu vos direi, no entanto.
Que, para ouvil-as, muita vez desperto
E abro as janellas, pallido de espanto...

E conversando toda a noite, emquanto
A via lactea, como um pallio aberto,
Scintilla. E, ao vir do sol, saudoso e em pranto
Inda as procuro pelo céu deserto.

Direis agora: Tresloucado amigo!
Que conversas com ellas? Que sentido
Tem o que dizem, quando estão comtigo?

E eu vos direi: amai para entendel-as!
Pois só quem ama pode ter ouvido
Capaz de ouvir e de entender estrellas.

Citaré aún a Teophilo Dias, inspirado autor de "Cantos Tropicaes" y de "Las Fanfarras"; a Alberto de Oliveira, correcto en la forma, elegante en la idea y descriptivo de valor, como cuando enamorado de la belleza del agua, la muestra en su nacer modesto, la sigue en su mover sinuoso, en su espejar cristalino, y la pinta alborotada, creciendo hasta convertirse en trepidante corriente. A Emilio de Menezes, caricaturista, en versos que suenan como cascabeles y pican como espinillas.

También de una filosofía suave y delicada, da ejemplo una poesía de Mariano Olegario: "Agua Corrente", la cual mismo recitada en portugués la podéis entender perfectamente:

Agua corrente! Agua corrente!
O teu destino é egual ao destino da gente.
Para onde vaes? Tu mesma ignoras tua Sorte.
Vaes para a Vida, para o Sonho ou para a Morte?
Na correnteza levas de mansinho
As paizagens que ves pelo caminho...
Uma arvore infeliz que o vento açula,

A aza de un moinho que ainda gesticula,
Um pedazo de céo entre o nevoeiro,
As pastagens, os bois, um boiadeiro
E a aldeia branca a se perder na falda
Toda verde de um monte de esmeralda...
Agua corrente! Agua corrente!
O teu destino é egual ao destino da gente.
Passas cantando e ninguem sabe, agua erradia,
Si o teu canto é de dôr ou de alegria.
Cortas campos e campos desdobrados,
Reflectindo as charrúas e os arados,
O homen que o seu thesouro desenterra,
Fruto do coração verde da Terra,
O plantio e a colheita das searas,
Tudo isso vae nas tuas aguas claras
Vertiginosamente retratado...
Agua corrente! Toma tu cuidado:
Que não passe de simples fantasia
Tudo o que em teu espelho se insinúa.
Não te vá illudir essa alegria,
Qué é tão dos outros e tão poco tua!

Agua corrente! Agua corrente!
Olha que o teu destino é o destino da gente...

No se puede en una forma más suave hacer sentir, que los deseos humanos tienen límite, y que la vida nos trae constantemente una lección sin amargor, pero suficiente, para que nuestra vanidad no tenga ilusiones, y nuestra ambición no tenga extravíos.

QUINTA CONFERENCIA

10 de Mayo de 1918

QUINTA CONFERENCIA

10 de Mayo de 1918

Hemos recorrido un camino que Remy de Gourmont, llamaría sonoro. Cánticos de amor, risas sarcásticas, elegías quejumbrosas, voces dramáticas, madrigales y cavatinas galantes, todo hemos oído, porque nuestros poetas han venido a vosotros.

Cambia ahora la escena: calla la risa, cesa la ronda de las musas, para que yo os hable de escritores de romances, de novelas y de piezas de teatro. La armonía es diferente, pero no es menos intenso el movimiento de pasiones, y es, tal vez, tan interesante cuanto la otra, esta manifestación de nuestras letras.

El teatro, entre nosotros, después de Antonio José, en el siglo XVIII, no tuvo una vida apreciable hasta el siglo XIX, cuando también se define el romance, cual lo comprendemos hoy. Esas dos modalidades de nuestra literatura, han seguido las corrientes llamadas romántica y realista, y digo corrientes y no escuelas, porque este último término es tan restrictivo, tan estratificado, si así se puede decir, que no se coaduna con la variedad y el espíritu de independencia de nuestras producciones. No me detengo en buscar procedencias o ascendencias, de las dos ramas literarias. Más de una vez mezclaré una a la otra, desde que nuestros hombres de letras han producido simultáneamente los dos

géneros. Decir que el teatro entre nosotros empezó, como en todas partes, por la representación de misterios, milagros o historias santas, dentro y fuera de los templos, como ha hecho el misionero Anchieta con sus indios, es repetir un hecho muy sabido, porque mismo el teatro griego, no ha sido más que una transformación, una dramatización de los ritos teogónicos.

Habiéndome ya ocupado de Domingos de Magalhães, de Gonçalves Dias y de Porto Alegre, empezaré mi estudio por Martins Penna, señor de la risa y modelador picaresco de tipos populares muy de su tiempo, lo que no impide que algunos de ellos sean de todos los tiempos. Martins Penna vivió treinta y tres años y parece que los pasó alegremente, porque ha escrito veintinueve piezas de teatro, y siendo todas ellas alegres y de observaciones, no le ha de haber sobrado mucho tiempo para cuitas y amarguras. ¿Sería él, de la especie de los tristes, que escriben para que los demás se destemplen en carcajadas? Su observación del medio y de las costumbres, indica esa manera de ser muy característica de nuestra literatura, la que le ha salvado de imitaciones o adaptaciones vulgares.

Después de Martins Penna, tenemos a Joaquín Manuel de Macedo, escritor de romances, de piezas de teatro, poeta y hombre político. En el curso de mis conferencias, he tenido ocasión, más de una vez, de hablar de esos tipos de una adaptación variada y de una ductibilidad intelectual realmente notables, que marcaban su talento sea en la oratoria, sea en la poesía, sea en el romance. Y así sucede con Macedo, quien por su espíritu leve y gracioso,

era llamado por todos *Macedinho,* algo así como si fuera una especie de Macedo chico. La misma nota de observación de tipos nuestros y su característica de comedias chistosas, el tono sencillo y amoroso de sus romances, le han dado en su época una gran notoriedad. Hay uno de ellos interesantísimo que se llama "A Moreninha", que sería en español "La morochita". Es un delicado episodio de amor que pasa en una escena realmente pintoresca. Hablo con tanto o mayor conocimiento, cuanto que he visitado ese lugar en una especie de romería literaria. En medio de la Bahía de Río de Janeiro, en donde hay trescientas sesenta islas, la isla de "Paquetá", se destaca por su belleza y por su vegetación. En un rincón de esta isla, en donde el agua es de una pureza indecible y tan grande que por las noches las estrellas se reflejan como si fueran soles nocturnos, en ese rincón poético, sombreado por la fronda de los mangos, hay una fuente que se llama la fuente de "La Moreninha", y se dice que el que de esa agua bebe, se enamora. Cuando la visité, era muy joven, y como todos ustedes jóvenes que me escuchan, tenía el ansia de un amor; bebí del agua. El encanto se reveló mucho más tarde, y, o no existía de hecho, o si se quiere, había quedado latente en mis venas y cerebro, para revelarse en tiempo oportuno. Se ve que aun el encanto tiene buen sentido.

Macedo sitúa la escena de su romance en este punto, y describe un tipo travieso, alegre, aparentemente ligero, pero en el fondo sincero y bueno de mujer algo coqueta, sin malicia, coqueta con elegancia y con espíritu. Hay dibujadas con naturalidad

escenas de ledo engaño, madrigales que todos conocemos, unos por haber ya pasado por ellos, y otros porque antes de pasar han oído describirlos, escenas de fina observación, que parecen muy a flor de piel, pero que responden a los sentimientos de aquellos tiempos y de aquellos personajes, y con tal motivo, este romance tuvo durante mucho tiempo una gran boga y marca una época en nuestra literatura. Lo mismo se podría decir de otro romance: "O moço louro", en español, "El joven rubio". Como se vé, Macedo, era una naturaleza sensible, una planta tropical, y parece que las plantas humanas de los trópicos, no pueden medrar sin las brisas deliciosas del amor!...

En la comedia — y él produjo muchas — nótase el mismo sentido de observación fino y delicado, y sobre todo, una gracia comunicativa, una facilidad de hacer reir. Macedo tuvo el privilegio de hacer reir a generaciones, y si no pudo en su vida realizar el consejo famoso y noble del "Libro de los Muertos", de los egipcios, cuando dice, no hagas derramar nunca una lágrima, al menos pudo morir diciendo que había hecho *reir* mucho.

Continuando, este mi boceto rápido, menciono a otro autor dramático que no hizo sino dramas y comedias, Agrario de Menezes. Murió a los veintinueve años asistiendo a una representación en un teatro, y dejó veinte y tantas piezas. Veintinueve años de edad, más de veinte piezas; es realmente extraordinario, y todas ellas marcadas con el mismo sello de observación de las cosas y de los hombres, con la misma disposición emotiva para conocer los sentimientos y mover las pasiones, sin prejuicios, y

de fondo de ironía algo filosófica. Su obra, no siendo de las principales en nuestra literatura, marca una fecha y tiene un valor modesto pero seguro.

Pero, como aquellas águilas de que os háblé cuando me ocupaba de poetas, rompe en un vuelo poderoso, un águila nuestra, en el romance y en el teatro. Hablo de José de Alencar, el más grande romancista que el Brasil ha producido, un talento real y muy variado en sus manifestaciones. José de Alencar, fué político, fué ministro de Justicia, y a los treinta y tres años, era Consejero de Su Majestad el Emperador del Brasil. Fué poeta, escribió romances, dramas y comedias; era jurista y escribió sobre cuestiones de Derecho Penal. Era un hombre calmo, delicado, de apariencia tranquila y reservada, pareciendo incapaz de sentir un movimiento de pasión; sin embargo, era un alma apasionada, intensa, profundamente sensible, una imaginación alada, fuerte y vibrante. Estudiando su obra, se ven tres características muy distintas: el romance de sociedad, cuyo tipo sería "Senhora", título de una obra suya; el romance de imaginación e indianista, tales como "Iracema", "Ubirajara", verdaderos poemas en prosa; el romance de costumbres populares sea "El gaucho y el Sertanejo"; y en cualquiera de esos tipos nadie jamás lo ha excedido, y muy pocos han llegado hasta él. "Senhora", nos da el tipo de la mujer elegante, hermosa, inteligente, pero voluntariosa al mismo tiempo. Un joven la amó un día, cuando ella era pobre; las complicaciones de la vida, los apartaron el uno del otro; más tarde, ella hereda una fortuna; su posición cambia, su belleza tórnase más notable en el

marco de la riqueza; se encuentran, y él se apasiona de nuevo, la pide en matrimonio y ella consiente, para vengarse. Herida por lo que creía haber sido un abandono, lo quería tener en sus manos para que él reconociera lo que había despreciado. Inmediatamente después de la ceremonia de la iglesia, al llegar a la casa, ella le dice: Aquí tiene usted su cuarto, este es el mío; nuestras vidas correrán paralelas, pero nunca unidas. Era pobre cuando usted dijo amarme, soy rica cuando usted vino a casarse conmigo.

Después de vivir así algún tiempo, ella descubre que conservaba dentro de sí misma esta fuerza indómita que puede disfrazarse a veces, pero que resiste y vence la misma voluntad, o el capricho del orgullo. Ella lo amaba, y viendo que él había revelado durante la vida marital ser en el fondo un independiente y un desinteresado, desde que nunca usaba ni de su coche, ni de ningún confort que le pudiera traer la vida enriquecida; que frecuentaba de la misma manera su modesto empleo, al cual iba siempre a pie, su carácter fué imponiéndosele, y entonces ella comprendió la inutilidad de su venganza. En un momento dado, tuvo lugar la explosión de las dos almas que se buscan, y el romance termina en una verdadera aurora de amor. Pero estudiando las condiciones de nuestra vida social de aquel tiempo, sin fantasía exuberante que pudiera parecer que el romancista creaba o inventaba escenas artificiales, " Senhora ", es un producto de nuestra sociedad, en un tiempo dado, en condiciones especiales.

Desde otro punto de vista, José de Alencar, reve-

lándose el indianista puro y convencido, escribió "Iracema". Antes de dar una nota resumida de esta bella obra, me permito indagar si nuestro autor obedeció por acaso a influencias de Chateaubriand o de Finimore Cooper. Estudiándolo y asimismo a Chateaubriand y a Cooper, puedo afirmar que nunca y en manera alguna, ni directa ni indirectamente, esos dos autores influyeron en nuestro indianismo. Chateaubriand, cansado de asuntos europeos, buscó la nota exótica e hizo un viaje, hoy contestado, para escribir sobre los indios de la América del Norte, pero cuando él escribía "Les Natchez" y "Attala", cuando Finnimoree Cooper, describía tipos de una raza perseguida cuyos sentimientos él no podía entender, ya nuestro indianismo vivía desde el siglo XVI. Gonçalves Dias y José de Alencar derivan de Basilio da Gama, y de Fray Santa Rita Durão, cuyos poemas hemos estudiado en conferencias anteriores. Además José de Alencar trataba de asuntos nuestros, de un elemento de nuestra raza, que había entrado en la formación de nuestra nacionalidad, como lo he demostrado. No era un elemento exótico el indio para nosotros, y hay poblaciones enteras de mestizos del indio. Justamente, lo más curioso es, que José de Alencar era hijo del Estado de Ceará poblado únicamente de tales mestizos; Gonçalves Dias, era hijo de un portugués y de una india. De manera que establecida y estudiada así la cuestión, podemos encarar de frente el problema y asegurar que nuestro indianismo es obra nuestra, es plata de nuestra casa.

Al leer "Iracema", basado sobre una encantadora leyenda del Ceará, es curioso ver el lenguaje

simbólico que tenía aquella gente y la delicadeza psíquica de sus manifestaciones apasionadas. Por ejemplo: se aleja el enamorado, y para demostrar a Iracema que volverá y que ella no debía buscarle, toma una flecha, la rompe, deja una parte caída, y para indicar su saudade, esto es el sentimiento de la ausencia, envuelve alrededor de la flecha una rama con una flor de maracujá, que es en español, la granadilla. La india llega, ve la flecha rota clavada en un tronco, comprende lo que quería decir, y vuelve tristemente a su cabaña, algo consolada porque la flor de granadilla le expresaba el sentimiento de tristeza que el esposo sentía al verse forzado a alejarse. Y ahí se estudia el amor devoto, el amor sumiso pero sin villanía de la india por el portugués, que era entonces el colonizador y que se había, en esta parte, hecho amigo del colonizado; y se estudia al mismo tiempo la lucha entre este elemento y el elemento francés que venía entonces a conquistar nuestro territorio. Iracema percibe, de vez en cuando, a su amado alejándose de sus cariños, subir a un cerro y desde allí contemplar con ojos tristes la llanura infinita del océano. Navegante, él tenía saudades de las barcas que flotan muchas veces en rutas aventureras en busca de países desconocidos; portugués, él sentía saudades de la civilización, e Iracema sufría de ver cómo él luchaba contra este sedimento de su misma naturaleza, este sedimento de tradición civilizada que resiste al amor. Poco a poco le vino el deseo de morir para no ser un obstáculo en la vida de su esposo, pero Iracema no quiso desaparecer sin entregar en manos del esposo el fruto de ese amor, y

al dárselo ella, un día cuando él contento miraba a su hijo, dice: "Al entregártelo, no es sólo el hijo de nuestro afecto que te entrego, sino que con él y por él, toda yo". Poco tiempo después, de tristeza y de saudade, moría la pobre Iracema. El romance termina en una forma extraordinariamente poética. Se ve en el mar una jangada o balsa de alta mar que se aleja de la costa; brilla la vela blanca batida por los rayos del sol, olas verdes la levantan y deslizan alejándose, como esperanzas que se pierden. En ella se ve un niño, un hombre y un perro; el hombre es el amado; el niño, el hijo; el perro, el amigo. De esta manera, el espíritu, al terminar el romance, siente, por así decirlo, que la historia no ha concluído y que se prolonga dando a la imaginación del lector, la facilidad para figurarse otra aventura, y así uno mismo, como que se forma un nuevo romance, una nueva historia. Alencar es también autor del célebre y justamente célebre "Guarany", romance que ha sido traducido en todos los idiomas y hasta en japonés. Ahí también se nota el tipo del indio más o menos poetizado, pero más o menos de acuerdo con el carácter que viejos cronistas han reconocido en los representantes superiores de esa raza primitiva. Pery, es el tipo del amor platónico, pues el indio amaba a Cecy, hija de un noble portugués. No tengo seguridad si he pasado por el lugar donde debía haber estado la estancia encastillada de don Antonio, pero estoy cierto que he visto el río Paquequer y su hermosa cascada. Y la rubia y aristocrática Cecy que al principio se intimidaba al aceptar los regalos del indio, después, vencida por esa dedicación constante, y por muchas

pruebas de valor, lo recibe con complacencia y hasta con amistad. Hay en el romance escenas trágicas, no inventadas por el autor, sino propias de la lucha de aquellos tiempos, y la ópera — que algunos de ustedes tal vez hayan oído — la ópera de Carlos Gomes, concreta los incidentes o los episodios principales del romance; pero lo que la ópera no puede dar es la magnificencia del estilo, la riqueza de imaginación, la composición delicada, inspirada en nuestros aspectos físicos, tan variados cuanto hermosos, y no producto de la fantasía del poeta romancista.

Alencar no tiene solamente la nota del estudio social, ni la nota del poema indianista; él penetra en nuestras crónicas, en nuestra historia y produce el lindísimo romance que se llama " Minas de Prata ". Al leer esta restauración de aquella vida colonial, diríase que nos han hecho retroceder hasta aquel tiempo, haciéndonos testigos de lo que él cuenta y de lo que él revive. Los tipos populares, las costumbres originales, las supersticiones propias del ambiente social, como el paisaje, él nos lo reproduce con talento, y siempre en un estilo, ora tranquilo, ora vibrante, pero siempre luminoso. Se estudia la vida de campo de nuestra tierra, modela con vigor el tipo clásico del " Sertanejo ". Tipo curioso hasta en su traje: sombrero, saco, pantalón, todo de cuero; sencillo para el trabajo de todos los días, ornado de plata si el vaquero va a las fiestas. Tipo que tiene mucho de noble y escultural, cuando a caballo y con la larga lanza, especie de garrocha, párase en medio del campo. El romance nos da una nota que no parece ser ameri-

cana y que entre tanto, es absolutamente de aquellos tiempos, aún casi coloniales; una nota feudal. Hay que notar que en nuestro desarrollo, hemos tenido una época verdaderamente feudal. Los grandes donatarios, los señores, que venían a nuestra América a tomar posesión de enormes propiedades, se hacían señores feudales en el medio casi primitivo en que dominaban. Eran tan soberanos como un conde que tuviera condado en plena edad media, y su orgullo y su vanidad eran tan grandes como la de los conquistadores. El romance nos muestra un señor de tierras que conservaba celosamente las tradiciones de mando. Tenía una hija de gran hermosura codiciada para esposa por un hijo de otro gran propietario, más o menos vecino — y digo más o menos, porque en aquel tiempo y aun hoy, en ciertas zonas, vecino quería decir un habitante a distancia de leguas. Este muchacho, rico, acostumbrado a la vida cortesana de Pernambuco, guapo, y creyendo que la vida había sido hecha para sus placeres, no admitía obstáculos a sus caprichos. Enojado porque el padre de la niña había rehusado su pedido, prepara un ataque a la hacienda. El dueño de la propiedad inmediatamente que sabe que va a ser atacado, ordena su gente y manda llamar a toda prisa a un sobrino suyo, a quien dice: "Te he mandado llamar para que te cases con mi hija". No te pregunto si ella quiere ni si tu quieres, te ha mandado llamar, pues es necesario este casamiento antes que me acometa el pretendiente a quien no considero bastante noble para entrar en mi familia. Y en plena lucha, cuando la hacienda era asaltada, manda armar un altar frente a la casa, or-

dena a su capellán que empiece la ceremonia, a la cual asiste su esposa vistiendo galas de corte, así como la novia. Él mismo, de uniforme dorado, dispara sin cesar su mosquete contra el enemigo hasta repelerlo. El personaje principal del romance es el " Sertanejo " o sea el hombre de campo, el vaquero, cuyas aptitudes, cuyo valor e inteligencia parecen extraordinarias, pero que en realidad no son exageradas. Si dejando el norte del país, viene a escribir sobre el sur, modela el tipo del gaucho, y jamás nadie ha sabido comprender la poesía doliente de la pampa, la tristeza de las caídas del sol, de esas planicies sin fin, ni el alma valiente y primitiva del gaucho, como José de Alencar. Así se ve la escala que ha recorrido, siendo al mismo tiempo romancista de corte, un romancista de la vida libre de los campos y al estudiar la vida familiar del interior, nos da " O tronco do Ipé ", una de sus obras célebres. Alencar marcó una época en nuestra literatura. En pos de él, otros han buscado imitar esta nota especial del indianismo. Francklin Tavora, por ejemplo, escribió dos romances interesantes, " O cabelleira " y " O matuto ", pero no tenía ni su vigor de estilo ni su fuerza de imaginación.

Ahora se nos presenta un tipo curioso por la variedad de sus manifestaciones. Pinheiro Guimarães, médico, poeta, también escribió para el teatro y era historiador. Médico de buena clínica, profesor en la Facultad de Medicina de Río de Janeiro, al estallar la desgraciada guerra del Paraguay, se alista como simple soldado y regresa glorioso oficial, habiendo tomado parte en batallas peligrosas. Cuando vuelve a Río de Janeiro, en medio de aquellas fies-

tas extraordinarias presenciadas por el Emperador que venía a recibir a los voluntarios victoriosos en la lucha, él ve en una ventana a una viejecita que lo miraba con los ojos llenos de lágrimas y que agitaba los brazos como llamándolo. Y Pinheiro Guimarães baja inmediatamente del caballo, olvida al Emperador y a su corte, pues decía que el primer abrazo debía ser para su madre.

Manuel de Almeida es el escritor de romance, de un solo romance, romance de costumbres populares, de escenas del último tiempo de la colonia, pero en definitiva se le podría calificar de una fábrica de carcajadas. Me acuerdo que una vez hacía yo un viaje de Río de Janeiro a San Paulo. Recién había abierto mi estudio de abogado y la profesión me obligaba a una cierta línea, bien diversa de la adorable irresponsabilidad del estudiante. Por desgracia, había llevado a Manuel de Almeida, y empecé a leer su libro. A poco brotó de mis labios una de esas carcajadas cromáticas y altisonantes, imposibles de contener; un escándalo. En el tren viajaban personas serias, graves hacendados, y alguien preguntó quién era yo. Un conocido murmuró: es un abogado, el doctor Azevedo. Imaginaos la confianza que podrían tener aquellos hombres, a una persona que de esa manera se echaba a reir en un tren. Así, debo a este famoso escritor, no una pérdida, sino una herida en la gravedad artificial a que me obligaba la profesión. Lo releí después, mucho más tarde, era entonces ministro, y no reí de la misma manera que cuando era un joven abogado, lo que no significa que el libro perdiera su gracia...

Bernardo Guimarães, contemporáneo de Alvarez

de Azevedo y de Lessa, que hemos estudiado en la conferencia anterior, era además de poeta, un escritor apreciable de romances y leyendas nuestras. Retirado a su terruño, buscó estudiar las costumbres alrededor suyo, y las reprodujo con sencillez... Pero antes de seguir más lejos, debo decir una anécdota sobre Alencar, que había olvidado y que es curiosa como documento psicológico. La galería femenina de Alencar, es rica en tipos de mujeres hermosas, buenas, sumisas como hijas, fieles como mujeres, y constantes como enamoradas. Yo tenía un amigo, un ingeniero, que tal vez por ser aún muy joven, no había comprendido todavía la armonía que Hipócrates encontraba en los números. Él creía que el ingeniero debía ser un hombre severo, positivo, áspero, y yo lo llamaba " Señor Logaritmo ". Una vez, conversando, me dijo: " Tú, Alencar (como si fuera mío! era tanto mío como de él), tú Alencar me exaspera...—¡Ah! ¿Por qué? — Porque inventa unas mujeres imposibles, tan lindas, tan santas, tan puras...—¡Ah!"... Conversamos un poco y nos separamos. Nombrado para la diplomacia, años después, de vuelta al Brasil, me encuentro con él: " Logaritmo, ¿cómo te va?—No, me dijo, ya no lo soy, estoy casado, soy un hombre serio y soy muy feliz. — ¿Cómo, y Alencar? — Mira, tu Alencar es incompleto. — ¿Cómo incompleto? — ¿Entonces sobraba y ahora falta?—¿Qué es esto?—¡Mira!; he leído a Alencar y lo encuentro incompleto, porque mi novia, hoy mi esposa, tiene ella sola todas las cualidades que él había distribuído en varias mujeres. Comprendí la situación: el amor había en-

trado en sus sentidos y había plantado un altar en su cerebro.

Uno de los representantes más simpáticos de nuestra literatura es Escragnolle Taunay, descendiente de un noble francés, artista de mérito, que vino al Brasil como otros más, al llamado de Don Juan VI y que han concurrido a nuestro desarrollo estético Taunay era músico y escribió las Chopinianas o composiciones en el estilo de Chopin; era pintor; escritor de romance y teatro; fué soldado y buen orador. Desgraciadamente ha sido también político y fué la única cosa que hizo sin su talento habitual. Uno de sus romances, " Innocencia ", fué considerado por la crítica francesa como una obra maestra. "Le Temps", de París, ha publicado una traducción, considerando la obra como una verdadera revelación literatria. Otro libro, escrito directamente en francés, " La Retraite de la Laguna ", reproduce un hecho de la Guerra del Paraguay, cuando nuestras tropas tuvieron que retirarse acosadas por los paraguayos, que habían invadido la Provincia de Matto Grosso. Él describe este hecho con colores dramáticos narrando, entre otros, el episodio de un contingente de heridos que se ven en un campo incendiado por los paraguayos, y la lucha contra el fuego, es una de las escenas más intensamente emocionantes que se ha escrito de esta guerra.

Ahora recuerdo la obra graciosa, alegre y fresca de Arthur Azevedo. Arthur Azevedo escribió para el teatro, hizo traducciones de Moliére, que son justamente admiradas. Era periodista y autor de novelas y cuentos de una fina ironía y de mucha gra-

cia. Él debió haber sido médico de todos los que sufren contrariedades, porque tenía el secreto de alegrar. Su estilo vivo, travieso y risueño, parecía contrastar con su tipo físico. Arthur era gordo; miope, usaba lentes, lo que le permitía ver de más cerca las cosas y estudiar mejor las personas. Y siendo un comilón de primer orden, no se comprende que tuviese ideas tan frescas, tan burlonas, a no admitir que tuviese la digestión fácil y jocosa. Podríase creer que él tomaba la vida por el lado más agradable, considerándola como un gran y constante banquete, donde en horas oportunas regalaba su espléndido apetito; sin embargo, era un corazón sencillo y bueno, un amigo seguro. Por vibrar la nota de alegría, tanto en su verso, cuanto en su prosa, ya inventando episodios picarescos, ya reproduciendo costumbres, no se puede concluir que este poeta, comediógrafo y cronista a diario, fuera un espíritu sin valor real, ni indigno de mención.

Su hermano, Aluisio Azevedo, es el romancista realista más poderoso que hemos tenido...

Alguien caritativamente me señala que la hora pasa; no se puede resistir a este mando ingrato del tiempo, y, me permitiré continuar el asunto en la próxima conferencia.

SEXTA CONFERENCIA

15 de Mayo de 1918

SEXTA CONFERENCIA

15 de Mayo de 1918

Al terminar mi conferencia anterior, decía que Aluisio Azevedo era el autor de romance realista más notable que hemos tenido; y su "Mulato", estudio del preconcepto de raza en cierto medio social, su "Cortiço" observación de la vida proletaria en un conventillo, su "Casa de Pensão", estudio de un grupo social mezclado, demuestran su manera de sentir y de comprender el romance, siguiendo la definición que le dió Emilio Zola: un trozo de vida a través de un temperamento.

Bien diferente de Aluisio Azevedo, es Machado de Assis. Contemporáneo de Alencar, de Gonçalves Días, de Castro Alves, de Franklin Távora y otros, viene a ser, con los años, contemporáneo de Thomáz Alves, de Aluisio, de Inglés de Souza y de otros escritores modernos; y en la evolución de su obra de poeta y de escritor de romances, no se observa ninguna influencia directa y marcada, ni de unos ni de otros. Su literatura era como su temperamento. Tímido, él tenía una sensibilidad recogida y por eso mismo refractaria a sugestiones ajenas, y sus libros parecen confidencias en que el concepto se involucra en la expresión verbal, ora sinuosa, ora suspensiva, de su estilo acicalado y hábilmente irónico. Sus libros, no entusiasman, no

hacen vibrar, pero poco a poco ganan el espíritu del lector paciente, lo sugestionan, y su talento revélase, como un paisaje que lentamente se descubre, cuando en mañana de niebla, una brisa sin ímpetus deshace la bruma, y, en el vapor ligero y flotante, se descubre la esmeralda de los campos y el oro matizado del sol. Alfredo Pujol, lo ha estudiado con amor y competencia, considerándolo un maestro.

Quintino Bocayuva, mi maestro político, también escribió para el teatro. En el friso glorioso de los hombres ejemplares de mi patria, su figura noble como su pensamiento y su carácter, se destaca impoluta. Periodista de los más completos que hemos poseído, él enseñaba el arte de escribir, no solamente con espontaneidad y pureza, con elocuencia y saber, sino con una cortesía extraordinaria y aseo de pensamiento y de palabra. Político, él recorrió la vía sacra de los dolores y desengaños, sin nunca tener un desfallecimiento, sin nunca murmurar una queja. Nadie más que él trabajó por la República y en el momento del triunfo, ninguno tuvo como él, el espíritu de ecuanimidad, no embriagándose con la gloria, ni turbándose con los intereses, porque fué tan puro en la adversidad cuanto en el poder. Aún en la polémica, en ese oleaje tormentoso de la lucha, guardaba la serenidad, y se imponía a sus mismos enemigos. Pocos, muy pocos, sabían que bajo la armadura brillante del combatiente intrépido, palpitaba un corazón delicado y un espíritu de artista.

Después de esa figura noble y grande de mi país, que infelizmente mi palabra no ha podido esculpir cual merece, y cuyo recuerdo provoca en mí una profunda emoción, es natural que siga el perfil

suave de una dama, y Quintino Bocayuva, que era todo delicadeza, estoy seguro que me aconsejaría que no olvidara a doña Julia Lopes de Almeida, cuya obra delicada, sin ser amanerada, educadora sin rigores fanáticos, ni de una austeridad más o menos fatua, puede representar en nuestra literatura contemporánea, la cooperación femenina digna de mención.

El mismo Bocayuva me aconsejaría también que ensanchara un poco el marco de esta conferencia, para hablar de Ruy Barboza, su colaborador prestigioso en el afianzamiento del régimen republicano entre nosotros. Gran artista de la palabra oral y de la palabra escrita, gloria brasilera por su mucho saber, por su capacidad en el trabajo; gloria de América, cuando en la Conferencia de La Haya defendió los derechos de las naciones americanas y el respeto a sus prerrogativas de pueblos civilizados.

Otro espíritu lúcido, talento robusto, que nunca ha escrito romances ni nunca se ha consagrado al teatro, pero que no podía ser olvidado, es Euclydes da Cunha, cuyo talento verbal, cuyo sentido del paisaje, cuya percepción clara de los problemas nacionales, se han revelado en varias obras todas preciosas: " Os Sertões ", " A margen da Historia ", y asimismo en el estudio de problemas internacionales, cuando su opinión fué respetada mismo entre los gobiernos en divergencia. Aún joven, su talento daba a todos nosotros la esperanza de obras más completas, más acabadas, pero, la desgracia de una aventura, aventura en la cual, él tuvo el papel más simpático y noble, lo hizo morir asesinado.

Un ejemplo de fecundidad, de actividad creciente

lo da Coelho Netto para quien el crear parece ser una condición de su existencia. Ha escrito romances, novelas, piezas de teatro, no sé mismo lo que le falta en su gama literaria pues, ora se ocupa de leyendas, y costumbres peculiares a cierta clase, ora deja volar un poco esa mariposa dorada de la fantasía, ora piensa sorprender la vida en sus palpitaciones más intensas, ora adaptándose a las condiciones y a las convenciones del teatro. En todo ha revelado una actividad tan marcada, que puede ser acusado de haber producido demasiado aprisa.

Otro escritor, que ha pasado por Montevideo hace poco tiempo, no como tal, sino como representante de nuestro país en un Congreso financiero que se realizaba en Buenos Aires — cosa que parece antagónica con lo que sean bellas letras, porque las letras que tratamos no son de cambio — es Ingléz Souza; abogado notable, jurista respetado, financista práctico, es el romancista del "Cacaolista" y del "Missionario". En el primero, da la impresión de aquella naturaleza fantástica, casi asustadora del Amazonas, naturaleza que impresionó tanto el espíritu de Euclydes da Cunha, que al llegar frente a aquel río inmenso, no encontró nada de grande ni nada de bello; todo aquello lo asustaba, y fué necesario que un sabio naturalista le enseñara a ver aquel mundo en formación, para que él comprendiera entonces lo que había de interesante e imponente en aquel escenario grandioso. El "Cacaolista" es un cultivador de cacao cuya existencia azarosa, se puede decir que es una lucha cotidiana contra esa naturaleza enemiga del hombre, por su misma fecundidad abrumadora. Si el obrero descuida la

modesta choza, las lianas se entrelazan, las plantas enredaderas que hormiguean, la cubren, o mejor dicho, la encumbren y destruyen; si el plantío no es vigilado día a día, plantas voraces lo invaden. Así se tiene una idea de la energía y tenacidad extraordinarias que necesita el hombre en aquellas regiones para domar la naturaleza. Naturaleza tan feraz, tan inmensamente prodigiosa, que ya había impresionado tanto a los primeros viajeros y viejos cronistas, mismo a los españoles que por ahí pasaron durante la época colonial, al punto de plantar en su cerebro fantasías y ensueños extravagantes. De ahí viene el tan conocido " El Dorado " y aún, " Las Amazonas ", mujeres de belleza y de valor fantástico, dueñas de las piedras verdes, mágico talismán. Esa misma naturaleza impresionó a Alberto Rangel, cuando escribió su " Infierno Verde ", que es la región del Acre, donde asperezas climatéricas, lucha contra la flora, aislamiento del mundo, todo en fin, contraría la iniciativa del hombre y demanda esfuerzos más seguidos y más dolorosos, que los que necesita desarrollar en otro cualquier medio.

Ahora se nos presenta otro escritor de talento y me es grato recordar su nombre en esta ocasión. Rodolpho Teophilo, autor de " Os Brilhantes " y de " O Paroara ". " Os Brilhantes " eran una familia de bandidos, o rebeldes en el sentido de " Die Raüber ", o sean los " Bandidos de Schiller ", más o menos nómadas, pues andaban de provincia en provincia, habiendo tomado ese nombre de uno de sus jefes, y combatiendo contra todos y aún contra el gobierno y la justicia de aquellos tiempos. Tienen rasgos de extraordinario valor unidos a una falta

de moralidad, muy comprensibles en gentes de aquella especie y el libro contiene una descripción de costumbres muy interesantes, que parecen marcar una supervivencia de otras épocas. "O paroara", es el Cearense, que va a tentar fortuna al territorio del Acre. El episodio que voy a citar es en su género, una escena impresionante y original: llega el invierno; el cielo siempre claro se torna plomizo; el río empieza a crecer y cuanto más llueve, rompen su curso árboles, tierras arrastradas por la corriente impetuosa. El agua desborda cubriendo leguas marginales, ahogando arbustos, y en poco tiempo en una extensión inmensa, no se ve sino cielo turbio y agua lodosa. Los animales, los pájaros, todo lo que tenía vida, habían corrido para un punto más elevado que formaba como una isla, y ahí se concentraban todos, grandes y chicos, tímidos y valientes, feroces y domesticables, y ahí se acumulan, ahí luchan por el espacio, por el terreno, por la vida. De las ramas de los árboles gotea sangre, porque las aves de rapiña, que ahí se habían abrigado, mataban, para saciar su hambre y su ferocidad, a las pequeñas aves que allí se anidaban. Los animales más chicos, eran aplastados por los más fuertes, y en rededor de la isla fórmase un muro negro de cocodrilos ávidos. Crece el agua, el terreno disminuye poco a poco; en aquel espacio cada vez más apretado, la lucha se hace más intensa; los animales débiles tórnanse feroces para defenderse; todos se muerden, se arañan, se embisten y se combaten, mientras que el agua tranquilamente sube y sube, en cuanto el cinto negro de los cocodrilos, se estrecha más feroz y temeroso. Bandas de pescados voraces hacen borbollar el agua,

a espera de la carnicería. Crece aún más el agua, la isla es apenas un punto en aquel mar sin límites, aumenta la lucha apavorada. De pronto sumérgese el último pedazo de tierra; avanzan los cocodrilos, un torbellino de cuerpos agita brutalmente las aguas, flotan nadando en desespero algunos animales ya heridos que luego desaparecen; después, un silencio profundo, una tristeza indecible pesa en el espacio; todo parece muerto, y en la tierra todo ha muerto: sólo se ve el cielo opaco, confundiéndose con el agua vencedora.

... El teatro, entre nosotros, atraviesa en este momento un período de crisis. Hemos tenido artistas de talento, y aún de genio como João Caetano, pero actualmente no poseemos troupe dramática de merecimiento que anime la producción de los escritores. Circunstancias varias han determinado esta crisis momentánea de nuestro teatro; malgrado esa circunstancia, la producción no ha cesado del todo y tenemos, por ejemplo, a Roberto Gómes, de estro poético, delicado, en notaciones psicológicas, en piezas que han merecido justo aprecio; a Claudio de Souza, modelador de pasiones de acuerdo con las circunstancias del medio social; y todavía, a un observador, no profundo, pero variado, Paulo Barreto. Hablo de éstos, no citando otros, porque ni me lo permite el tiempo, ni vengo a hacer una simple nomenclatura.

Con esa última impresión, doy por terminadas las conversaciones que he tenido con vosotros. Agradezco al señor Decano de la Universidad, la hospitalidad hidalga que ha tenido a bien concederme; a las señoras, el encanto estimulante, en el sentido

más noble y más respetuoso que esta palabra pueda tener; a mis colegas jóvenes y estudiantes como yo — que no soy más que un estudiante, no viejo, apenas más entrado en años—agradezco la atención inteligente con que me han escuchado y a ustedes, señores, el amparo que han querido dar esa propaganda de una manifestación intelectual, de una palabra amiga. Si me fuera permitido esperar que de mis palabras quedara en ustedes una impresión simpática, algo así como un sonido que se nos encarna en el cerebro y que nos acompaña provocando muchas veces imágenes y deseos, o como un perfume que se prende, que se conserva y como que se reproduce y de su conservación y reproducción tiene el recuerdo del momento en que ha sido sentido, si es posible, digo, que palabras convencidas, sencillas, sin pretensión, puedan provocar un tal recuerdo sugerente, quedaré contento en que ese deseo se transforme en el estudio más directo de nuestra literatura.

Aquí mismo, sin salir de Montevideo, en el Consulado del Brasil, hay una biblioteca brasilera, y mi deseo es que los poetas que han desfilado ante vosotros y los escritores que he buscado pálidamente interpretar, puedan un día ser conocidos directa y bien directamente, para que podáis decir conmigo, que el Brasil ocupa intelectualmente la posición que le corresponde en el continente americano.
